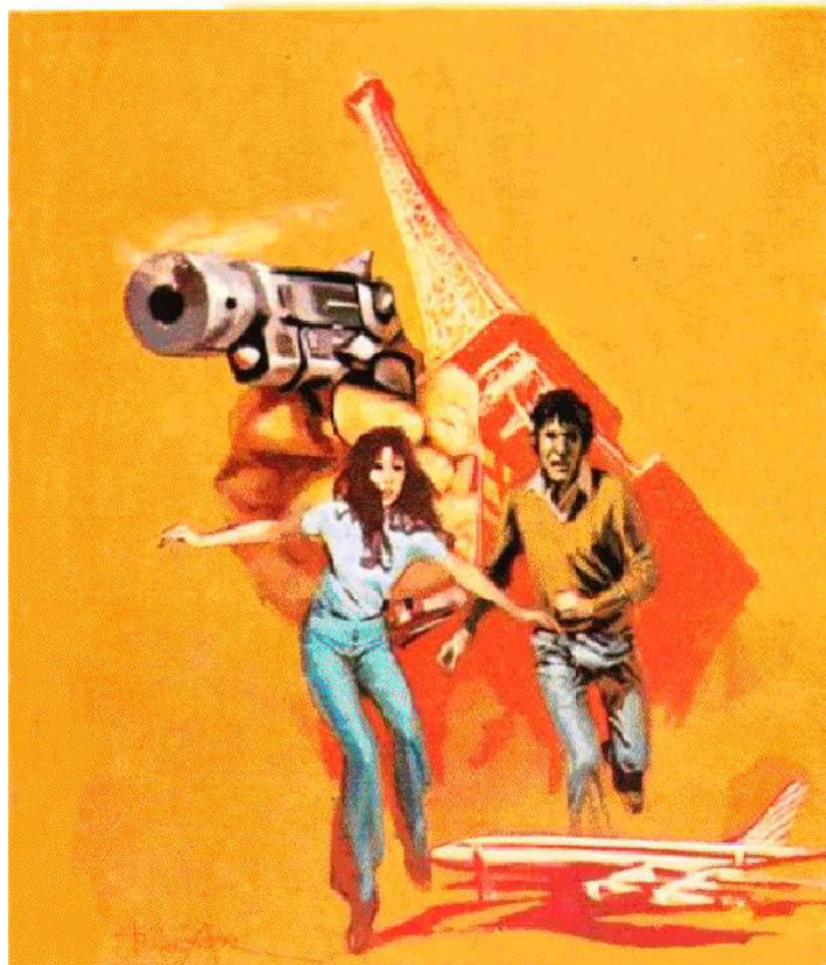


BOLSEROS BRIGUERA
PUNTO
ROJO

los secuestradores

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

LOS SECUESTRADORES

Colección **PUNTO ROJO** n.º 696

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 24.810 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: agosto, 1975

© VIC LOGAN - 1975

texto

© ALBERTO PUJOLAR - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.304 — Conspiración perfecta.

En Colección PUNTO ROJO:

687 — Matar por unos centavos.

En Colección ASES DEL OESTE:

652 — El último en reír.

En Colección SALVAJE TEXAS:

888 — Tierra de colosos.

En Colección KANSAS:

863 — Siembra de violencia.

En Colección BRAVO OESTE:

584 — Pareja de damas para el vaquero.

En Colección CALIFORNIA:

864 — Senderos de venganza.

En Colección COLORADO:

877 — La muerte visita Wyoming.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

239 — Un 4 de julio accidentado.

CAPÍTULO PRIMERO

Desde la onceava planta del moderno edificio, propiedad de la Sociedad de Inversores de París, y, a través del cristal circular de la sala de juntas de la entidad, podía divisarse un hermoso panorama de la ciudad.

Sin embargo, ninguno de los cuatro hombres que se hallaban reunidos a nivel de *petit comité* sentía el menor interés por la maravillosa vista.

Roger Lafargue, de unos treinta y tantos años, alto, de porte distinguido, ocupaba la cabecera de la larga mesa, y miraba con gesto sombrío la nota que tenía ante sí.

Los otros tres hombres que con él se hallaban, mostraban el mismo gesto de preocupación, en sus respectivos semblantes. De forma muy especial el consejero delegado de inversiones, Marc Lamon, que aparentaba una edad parecida a la de su compañero de junta.

Lafargue, delegado ejecutivo, mostró la nota a los otros dos componentes de la pequeña asamblea.

—Es idéntica a las anteriores. Está redactada con otras recortadas de revistas y periódicos. Es un ultimátum...

El anónimo pasó de mano en mano. Era simple, elemental. Y tajante a la vez:

«La vida de los hijos de Lafargue y de Lamon está pendiente de la entrega de los
5 000 000
de francos nuevos. Deberán ser entregados mañana. Recibirán instrucciones. Cualquier aviso a la policía sería la sentencia de muerte para los dos chicos. Éste es el último aviso».

—Yo sigo pensando que debieron avisar ustedes a la policía —dijo uno de los reunidos. El de más edad, con cargo de secretario general del Consejo de Administración de la empresa.

—¡Es mi hijo, Serge! ¡Y el de Marc!

Marc Lamon, por su parte, adujo:

—Roger y yo lo estuvimos comentando. Avisar a la policía es demasiado arriesgado. Y esa gente no amenaza en vano. Tengo miedo.

Por su parte, Roger Lafargue explicó:

—Los dos chicos van al mismo instituto. Desde que recibimos la primera nota, la semana pasada; hemos tomado precauciones. Dos detectives se encargan de vigilarlos, pero esto ha servido de poco... Recuerden la segunda.

Roger pasó otro papel similar al anterior:

«De nada servirá que sus hijos se hallen protegidos. Retiren la vigilancia o les mataremos. Háganlo desde hoy mismo».

—Esa nota... —murmuró Marc Lamon, con un ligero temblor— llegó tres días después. Eso demuestra que son gente bien organizada.

El veterano secretario de la entidad leyó la tercer nota:

«Dentro de unos días deberán depositar la suma de
5 000 000
de francos nuevos donde se les indique. Si avisan a la policía, los chicos pagarán las consecuencias. Llamen al número de teléfono donde se les indicará oportunamente».

—En efecto —explicó Lafargue—. Esa misma tarde llamaron a mi casa, y me dieron un número de teléfono. Hice averiguaciones, y conseguí saber que pertenecía a una cabina pública. Me fui allí, con la esperanza de descubrir a alguien. No vi a nadie, y aquella misma noche llamaron a Marc.

Marc Lamon corroboró:

—Me advirtieron seriamente que si obrábamos por nuestra cuenta, sin seguir al pie de la letra las instrucciones, nos tendríamos

que arrepentir.

—Y volvieron a llamar. Dieron otro número —siguió Lafargue—. Ya no traté de averiguar nada. Llamé a la hora convenida, y les di largas. Les expliqué que no disponíamos de esa cantidad, que nuestros caudales estaban invertidos en las operaciones de la financiera. Eso a ellos no les importa. «Consíganlos donde sea —me dijeron—; éste es problema suyo». Y colgaron.

Serge, el secretario, lanzó un suspiro:

—Comprendo lo delicado del asunto... ¿Y usted, Bertol, qué opina?

Bertol era el cuarto miembro de la junta, que tras pensar unos instantes murmuró:

—Para mí, el problema está en esos cinco millones.

—Sé que estamos en una situación difícil —comentó Lafargue—. Tenemos un crédito en vías de aprobación. Una indiscreción en este asunto, además de poner en peligro la vida de nuestros hijos, podría ser nefasta para nuestra compañía. Nuestra situación no es demasiado buena. Algunos rumores se han infiltrado. La crisis económica mundial nos ha asestado un duro golpe. Sólo con el crédito, podremos salir adelante. Es por eso que no he actuado libremente, sin consultar. Sólo ustedes dos, que son las personas en quienes más confío, por su probada discreción, son los únicos que están al corriente...

—Roger... —empezó Serge—. Usted es el ejecutivo de la empresa. Si dispone de esos cinco millones de francos nadie le pedirá cuentas, por el momento. Su sola firma basta. Podrá inventar mil excusas para ello. Nadie se lo reprochará, tratándose de su hijo, pero... hay otras personas. El presidente.

—El conde de Latour hace tiempo que sólo se preocupa de los dividendos. No. Con él jamás consultaría. La respuesta sería un no rotundo. No quiero arriesgarme. Por eso les he convocado a ustedes. Yo ya estoy decidido.

—Entonces... ¿Piensa pagar con dinero de la compañía? —preguntó el joven Bertol.

—Sí. Y ustedes son testigos de que lo hago. No quiero obrar a escondidas. Me hago absoluto responsable. Pagaré ese dinero hasta el último céntimo y, después, presentaré mi dimisión. Tú, Marc, no tienes por qué seguirme. Insisto en que la responsabilidad es

absolutamente mía. Antes de un mes, habremos conseguido el crédito bancario. La sociedad saldrá a flote, sin escándalos. Los cinco millones de ahora ya no serán ningún lastre.

Tras una pausa, Lafargue añadió:

—Caballeros. No les pido su aprobación, únicamente su testimonio de mi decisión y su silencio. Sólo un mes.

Otra pausa, ante el silencio general, para añadir:

—Esa discreción necesaria, no sólo salvará la vida de mi hijo, sino la continuidad de la compañía. Una palabra de más, y el crédito que estamos esperando puede fallar. Ello significaría la ruina para todos, y para los inversores que han confiado en nosotros.

Se hizo un largo silencio, que fue interrumpido por unos golpes en la puerta y la aparición de un ordenanza que llevaba consigo una carta.

—Perdón, señor Lafargue. Un mensajero acaba de traer esto para usted. Dijo que era muy urgente.

—Bien, puede marcharse —repuso Lafargue, tomando el sobre, que rompió, una vez el ordenanza hubo abandonado la sala de juntas.

Todos pudieron ver que se trataba de un nuevo anónimo:

«Esta tarde, a las seis. Hotel Le Marechal, Lyon.
Deben traer el dinero».

Otro largo silencio, que interrumpió el secretario:

—Adelante, Lafargue. Repito que usted no tenía necesidad de pedimos su consejo. Es ejecutivo. Yo no apruebo ni desapruuebo, sólo se me ocurre pensar que si paga una vez, quedará siempre en manos de esa gente. Volverán a amenazarle en cualquier otra ocasión.

—Ya lo he pensado, Serge... Por eso dije que presentaría mi dimisión. Liquidaré todos mis bienes y, entretanto, llevaré a mi hijo a un lugar seguro. Un lugar que sólo conoceré yo. Ahora, no puedo. Sé que lo averiguarían... —Y concluyó, argumentando—: Mi hijo es lo único que tengo. Es el único recuerdo de mi esposa. Dije una vez que no volvería a casarme. Para mí solo ha existido una mujer, que el azar quiso arrebatarme en la flor de la vida. No, señores. Mi hijo vale mucho más que esa cantidad. Y pagaré. Pagaré, aunque tenga

que ir a la cárcel por ello. Buenos días, y gracias por su presencia.

CAPÍTULO II

Poco después, en el Instituto San Jorge, a las afueras de París, un automóvil lujoso se detenía frente a la puerta principal. Un individuo que vestía gabán negro y sombrero gris, cruzó el umbral de la entrada del jardín.

En una de las aulas, Maurice Lafargue, hijo de Roger Lafargue, que contaba seis años, fue llamado por una de las asistentas.

—Maurice, ven. Vienen a buscarte.

—¿Es mi papá? —preguntó el pequeño.

—No. No es tu papá. Es un señor que viene de parte de tu papá. Dice que tienes que ir a casa de tu tía Colette.

—¡Oh, qué bien! Papá me lo había prometido hace tiempo.

—Vas a pasar un fin de semana más largo que tus compañeros —sonrió la asistenta.

Poco después, Maurice, del brazo del hombre del abrigo negro, cruzaba el patio del colegio para dirigirse al automóvil.

El coche desapareció, llevando como conductor al individuo que había ido en busca del chico, que viajaba en el asiento trasero, muy ilusionado con la inesperada excursión.

—¿Trabaja usted con mi padre, señor Delon? —preguntó el muchacho, apoyando el cuello sobre el respaldo del asiento delantero.

—Sí muchacho. Trabajo con él. Anda, échate hacia atrás. Estarás más seguro. —Déjeme poner delante.

—No, no. Estás mejor así. Los señores jamás deben viajar con el chófer. Anda. Estate quieto y no hagas más preguntas —repuso el conductor, sin volverse.

Eran cerca de las doce cuando Georgette, la secretaria de Roger Lafargue, terminaba de colocar el dinero en la maleta.

—Exacto, señor Lafargue. Cinco millones.

Serge Laniel, el secretario, entró en aquellos instantes. Observó la maleta y cambió una mirada con Lafargue.

—Mi secretaria está enterada de todo, Serge. Ella llevará el dinero.

—¿Ella? —Serge parecía extrañado de la decisión.

—Aparte de nosotros cuatro, es la única persona que lo sabe. No puedo pedir a nadie que lo haga, sin darle explicaciones. Marc la acompañará.

Marc entró en el despacho de Lafargue en aquellos momentos.

—Estoy listo. Ya he telefoneado a mi mu... ¡Oh! —se interrumpió, al ver a Serge.

—Bueno —dijo el secretario—. Yo sólo quería ofrecerme... por si puedo ser útil. Bertol también está dispuesto.

—Me gustaría, Serge. Pero no quiero meterles en esto. Marc es parte interesada. El deja a su hijo en casa, con su madre. Yo me quedaré al lado de Maurice.

El timbre del teléfono puso una pausa en la conversación. Georgette, la secretaria de Lafargue, tomó el teléfono. Todos oyeron cómo preguntaba:

—¿De parte de quién? ¿Cómo...? Oiga... Sí, sí. He entendido perfectamente. Le paso en seguida.

Georgette estaba visiblemente sorprendida y muy asustada.

—¿Quién es? —preguntó Lafargue.

—Una voz de mujer. Dice que es... su esposa.

—¿Mi...? ¡Deme esto!

Todo el mundo sabía que Roger Lafargue había enviudado seis meses antes. Por lo tanto, no podía ser su esposa quien llamara. Hizo una seña para que Serge, el secretario, tomara el supletorio y pudiera escuchar la conversación. Con otra seña, indicó a la secretaria que grabara directamente. Luego se puso a la escucha.

—Roger Lafargue al habla. ¿Quién es?

—Hola, querido... No me hagas preguntas. Sé que debes estar muy sorprendido, pero tranquilízate. Estoy bien. Maurice está conmigo...

—¿Maurice? ¿Quién es usted?

—Tu esposa, querido. ¿No me recuerdas? Espera. Hablarás con Maurice.

La voz infantil del hijo del delegado ejecutivo sonó al otro lado

del hilo:

—Hola, papá. Estoy bien. Mamá dice que vendrás a buscarme...

Eso fue todo, porque en seguida fue cortado bruscamente por la misma voz femenina, que dijo:

—Ya está bien, Maurice. —Y en seguida añadió—: Si te portas bien, mañana por la noche estarás con Maurice. Adiós.

Colgó.

—¿Lo ha registrado todo, Georgette? —preguntó Lafargue.

—Sí, por supuesto.

Instantes después, el magnetófono reproducía la conversación.

—No hay duda de que lo han secuestrado. Quieren asegurarse de que traiga el dinero.

Marc se lanzó hacia el teléfono.

—¡No! ¿Qué intentas? —Le detuvo Roger Lafargue.

—Quiero llamar a Constance... Mi hijo se ha quedado en casa, hoy. Quiero saber cómo está.

—¿Pretendes estropearlo todo? ¡Oh, Marc, Marc! Ya es sólo cuestión de horas. ¡Contente!

—¡No puedo! Quiero llamar, simplemente. No les alarmaré. No diré nada. Me bastaría oír la voz de mi mujer. Si hubiese ocurrido algo ella me lo diría, sin que yo tuviera necesidad de preguntárselo.

—Está bien, Marc. Lo comprendo. Pero cuidado con lo que dices. Ninguna indiscreción... ¡Dios mío!

Y se dejó caer para mesarse los cabellos y refregarse el rostro con las manos.

—¡Espero que no le hagan nada! —añadió, mientras Marc obtenía la comunicación con su casa.

Permaneció hablando, sin demasiada coherencia, con su esposa. Luego, colgó.

—No... No pasa nada. Todo parece normal... Hoy me iré antes. No me fío...

—¿Es que no piensas acompañar a Georgette? —le recordó Roger, tratando de autotranquilizarse.

—¡Oh, sí, sí, claro! Pero es que... ¡Oh! ¡Estoy nervioso!

—Yo iré con Georgette —se decidió Serge—. Ambos están muy nerviosos... En cuanto a usted, Roger... Creo que debería advertir a la policía... Pídales prudencia. Le harán caso. Luego, cuando recupere a su hijo, podrán seguir la pista de los desalmados.

—No, Serge, no... Quiero seguir al pie de la letra las instrucciones...

Marc intervino:

—Deja que vaya Serge en mi puesto. Es mejor. Estoy demasiado nervioso.

—Puedo ir yo sola —adujo Georgette—. No tengo miedo.

—No quería meter a Serge en esto —insistió Roger Lafargue. Luego, dudó para añadir—: Está bien. Si lo desea, vaya.

—Es por usted..., por ustedes. Luego, que sea lo que Dios quiera. En cierto modo, ya estoy metido en esto. Debería denunciarlo, pero... uno nunca sabe lo que es mejor.

—Gracias, Serge —murmuró Roger Lafargue—. Y tú, Marc, vete a tu casa. Yo me quedaré aquí, por si vuelven a llamar. Georgette, avise que nadie me moleste. ¡Para nada! ¡Aunque arda la casa! ¡No estoy! ¿De acuerdo?

—Sí, señor.

—Dese prisa. El avión de Lyon sale a la una y media.

Serge tomó la maleta y murmuró:

—Yo la llevaré.

—¿No avisa a su casa? —preguntó la muchacha.

—Yo no tengo necesidad de avisar a nadie. Vivo solo —repuso el secretario.

Salieron, dejando al aturdido Lafargue tras su mesa de trabajo.

CAPÍTULO III

La grande y hermosa villa del conde de Latour, situada a veinte kilómetros del centro de París, poseía el aire señorial de una época de esplendor que su actual propietario pretendía y conseguía poner al día.

Sin perder su fisonomía tradicional se había remozado. Se mantenía cuidada al máximo en su parque exterior, y, de puertas adentro, contaba con todos los adelantos de la técnica.

Latour, entre los cincuenta y los sesenta, se esforzaba en conservar un cierto porte deportivo, pero la partida de tenis que acababa de jugar le había fatigado. No por ello perdió la sonrisa, y saludó deportivamente a su vencedor.

—No te puedo, Jacques. Pero es sólo porque sabes más. Tienes más picardía. Se nota que eres banquero.

—Tú, en cambio, te conservas en forma...

—Yo moriré cabalgando, Jacques, o en una pista de tenis o haciendo alpinismo. Cualquiera cosa, antes de mostrarme viejo. ¡No lo soy! Mi corazón sigue joven.

—Bien... algo es algo. No todo van a ser partidas de tenis perdidas...

—¿A qué te refieres?

El contrincante de Latour se enjugaba el sudor, mientras andaba camino de las instalaciones de Machas y vestuarios.

—Al último consejo de dirección. Van a concederte el crédito.

—Hum... Esto es bueno, pero no lo pedí a título personal.

—No, pero...

—Sin peros Jacques. Yo no necesito créditos. Es la compañía la que los necesita.

—Sí, pero la compañía por sí sola...

—¡Jacques! Yo no voy a firmar ni un aval. La Sociedad de Inversores de París es la peticionaria. Y así se hizo constar.

—¿No te interesa levantar la compañía?

—La compañía puede sostenerse sola, Jacques.

—No, de acuerdo con los informes.

—¡Al diablo los informes!

—Estáis pasando un mal momento. Tuve que luchar mucho para conseguir esos veinte millones.

—Gracias, Jacques..., si es eso lo que esperabas que te dijese. Pero conste que no pedí ningún crédito personal. ¡Yo no tengo la culpa de la crisis!

—No. Tú tienes un excelente patrimonio...

Siguieron hablando, mientras entraban en las duchas. Desde lejos, en las mismas posesiones un hombre joven, de aspecto deportivo, les estaba observando. Parecía haber adivinado lo que estaban hablando.

Ya en las duchas, Jacques, el banquero, comentó:

—Deberías meter a tu hijo en la empresa. La compañía es buena, y sería una lástima que con el tiempo...

—¡No me hables de ese vago, Jacques...!

—¿Por qué no quieres nunca hablar de tu hijo?

—Porque es un vago. Yo tuve que luchar para mantener lo que poseía... No viví solamente del título, ni del patrimonio. El, en cambio...

—No le has dado opción.

—Quizá no. Le he dejado hacer lo que le ha venido en gana.

—Pero siempre imponiendo tu voluntad... Aún recuerdo cuando André iba por la compañía. Nunca le dejaste sobresalir.

—No quise favoritismos. Un hombre debe hacerse a sí mismo. Un título no vale nada, si quien lo lleva no se ha hecho acreedor de él. Ahora la nobleza no se prueba en los campos de batalla, sino en la vida... Los tiempos han cambiado. El dinero hay que ganarlo. Así se ensanchan los patrimonios.

—Tú no te has equivocado nunca.

—He procurado no equivocarme...

Seguían duchándose.

—Pero te has equivocado.

—¡No lo sé!

—No quieres reconocerlo...

Jean André de Latour, conde de Latour, salió de la ducha,

enrollándose con una toalla.

—¿Es que vas a sermonearme, Jacques?

—Simplemente, pienso que no te has ocupado lo suficiente de André. Ya no es un niño.

—No. Tiene veinticuatro años. Veinticuatro inútiles años, y me ha dado más problemas de los que puedas imaginarte. Algún día va a darme un disgusto serio. Prefiero cambiar de tema. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, señor de Latour. No quiero meterme en familia.

—Un disgusto serio —repitió para sí el conde de Latour.

Tal vez en aquellos momentos, recordaba un pasaje no demasiado lejano, en la vida de su hijo. Un pasaje sombrío, que hubiera querido desterrar de su mente para siempre.

Pero no... No quería pensar en ello. Quería ser el noble sin problemas, poseído de su propio nombre, que había sabido llevar con absoluta dignidad.

Su hijo André, que hasta entonces había estado observando, regresó a la casa, en el momento en que un criado le avisaba:

—Le llaman por teléfono, señor.

—Sí. Estaba esperando esta llamada. Voz de mujer, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Gracias, Pascal.

André pasó al gabinete, y tomó el auricular del descolgado teléfono:

—¿Diga?

Al otro lado del hilo, replicó la voz de Georgette.

Sí, Georgette, la secretaria de Roger Lafargue, que llamaba desde una cabina del aeropuerto, mientras miraba a través del cristal. Cerca se hallaba Serge, el secretario del Consejo de Administración, que a su vez observaba en derredor para terminar fijándose en la muchacha que, desde la cabina, había empezado a hablar.

—¡André! No he podido llamarte antes. Salgo ahora mismo.

—De acuerdo —repuso él.

—Escucha —siguió ella. Y continuó hablando, por espacio de medio minuto. Luego, colgó.

Cuando regresó junto a Serge, éste la recibió con el ceño fruncido y la expresión fría.

—¿Ha llamado a su casa, señorita? —le preguntó.

—Sí...

—Creí que no tenía usted familia en París.

—No, no la tengo. Pero cuando me ausento, suelo advertir a la portera. Por si viene algún recado.

—¡Ah!

—Bueno... Si no le importa, me sentaré mientras esperamos.

—Desde luego. He facturado la maleta. Hubiera preferido no perderla de vista, pero sus argumentos me han convencido.

—Claro, señor. Cuando se pretende conservar algo en poder de uno, siempre resulta sospechoso. Sobre todo, una maleta grande. En los aviones no permiten...

Serge la cortó, tajante, frío:

—Conozco las normas de los aviones. He viajado en ellos.

—Por supuesto. Más que yo, señor...

Había una cierta tirantez entre ambos, como si Serge no acabara de confiar en la muchacha. O quizá la llamada a ella, a última hora, había hecho reflexionar al secretario.

El anuncio de la inmediata salida del avión, destino a Lyon, cortó el embarazoso silencio.

Serge y la muchacha ocuparon, momentos después, las plazas correspondientes.

El aparato despegó a su hora, y el vuelo doméstico se realizó sin novedad, en el tiempo de fumar un cigarrillo.

El hotel Le Marechal de Lyon se hallaba en las proximidades de la *gare* de Perrache, justo en la calle Víctor Hugo. Era un establecimiento modesto, de una sola estrella, provisto de restaurante.

Serge y Georgette habían decidido entrarían por separado.

Ella entró primero.

—Una habitación. Espero a alguien. No sé si llamará por teléfono o vendrá personalmente. Avísenme, por favor.

—¿Para cuántos días desea la habitación? —inquirió la patrona.

—Supongo que será para un día —sonrió ella, tratando de aparentar naturalidad.

—No se permite recibir visitas en las habitaciones.

—Bueno, eso no importa. Avíseme cuando pregunten por mí.

Rellenó la ficha y, ante la atenta mirada de la patrona, tomó la maleta y la llevó.

—Primer piso, segunda habitación.

Ella volvió a mirar la llave. Habitación doce. La patrona, por su parte, releó el nombre que ella había estampado en la ficha: Georgette Pellegrin.

Serge entró, poco después, y pidió una habitación para una noche.

—Esperaré en el bar. Veo que tienen bar.

—¿Espera a alguien?

—No, no. Quiero decir que rellenaré la ficha, mientras tomo una cerveza.

—Muy bien, señor. ¿No lleva equipaje?

—Sólo esa cartera, pero no pesa.

Y mostró su portafolios, que era inseparable de su persona.

Tomó la ficha, y ocupó una mesa del bar, que de hecho era el pequeño restaurante del hotel, suficiente para su escasa capacidad de alojamiento.

Mientras le servían la cerveza, Georgette había dejado la maleta con el dinero sobre la cama, y la abrió para comprobar que todo el dinero seguía allí, tal como ella y Lafargue lo habían colocado.

Cinco millones en billetes de cien, quinientos y mil francos, respectivamente. No, no ocupaban demasiado espacio. Pesaban un poco, pero el bulto era inferior a lo que uno, que no los ha visto jamás juntos, pueda imaginar. Cinco millones. Casi el seguro para toda una vida. Cinco millones. Una auténtica tentación.

Georgette cerró de nuevo la maleta y la dejó dentro del armario, en espera de que sucediera algo.

Fue a las seis y un minuto.

No llamó nadie, pero alguien deslizó una nota debajo de la puerta de la habitación 12 del hotel Le Marechal.

Georgette reaccionó con cierto temor. Cuando acudió junto a la puerta para recoger la nota, creyó escuchar unos pasos por el corredor exterior. Abrió y no vio a nadie. Caminó hacia la escalera que conducía a la planta baja. Por el hueco, vio el pequeño mostrador de recepción.

Volvió a la habitación después de comprobar que *el* pasillo estaba igualmente solitario.

Rompió el sobre en qué iba envuelta la nota. Leyó:

«Vaya a la *gare* de Perrache con el dinero, y espere

instrucciones».

CAPÍTULO IV

Serge siguió a la muchacha a prudente distancia cuando ésta se alejó con el maletín, no sin antes haber abonado el importe de su corta estancia en Le Marechal, ante la sorpresa de su desconfiada y poco amable patrona.

Georgette se detuvo para descansar del peso, y Serge aprovechó para pasar por su lado y preguntar:

—¿Quién le ha entregado esta nota?

—No lo sé. La echaron por debajo de la puerta.

Al salir, ella había arrugado la nota, echándola deliberadamente al suelo, con la intención de que Serge la recogiera. Y el secretario así lo había hecho. Por eso sabía que Georgette se dirigía a la *gare* de Perrache.

Serge siguió su camino, y se detuvo para encender un pitillo, dando tiempo a que la muchacha volviera a rebasarle.

—No me moví del bar. Desde allí, podía ver perfectamente la escalera y la entrada.

—¿No entró ni subió nadie? —inquirió ella, sin dejar de andar.

—No. Le hubiese visto.

—No lo entiendo...

Aunque trataban de disimular, la verdad es que cualquiera que les estuviese vigilando se habría dado perfecta cuenta de su completa ineptitud para el engaño.

Ella volvió a adelantarse de nuevo, cruzando ya el Cours Verdun, siempre cargada con la maleta.

Cinco minutos más tarde, estaba en la sala principal de la estación del tren.

Los altavoces no cesaban de anunciar inminentes salidas y próximas llegadas.

En las ventanillas, frente a la puerta, se formaban pequeñas colas para sacar billetes. A la derecha, el amplio restaurante. Gente

entrando y saliendo. Serge se situó junto al puesto de periódicos y fingió elegir unas postales, mientras ella esperaba en el centro.

En el departamento de consigna había alguien, mezclado con la gente de un tren que acababa de llegar, observando a la muchacha.

Era el joven André Latour, con su jersey deportivo, blanco, de lana gruesa y cuello alto, que sobresalía bajo una chaqueta de ante.

El hijo del conde de Latour pareció quedar engullido por el alud de viajeros que entraban en la consigna.

Georgette siguió esperando en el mismo lugar.

Pasaron diez minutos. Los viajeros del tren anterior habían despejado las dependencias, pero en una de las vías acababa de hacer entrada otro convoy.

Fue entonces cuando un muchacho se aproximó a Georgette.

—Señorita... La llaman desde la cabina dos. Allí.

El chico que le había dado el recado se perdió entre la multitud, y Georgette, sin soltar el maletín, se metió en la cabina telefónica marcada con el número dos.

Una voz un tanto extraña le notificó, a través del hilo telefónico:

—Deje la maleta en la consigna automática número 42. Guarde la llave con cuidado, no vaya a perderla. Y diríjase al anfiteatro romano. Tome el funicular hasta Le Fourvière.

El que le hablaba colgó.

Veinte minutos más tarde, el funicular dejaba a Georgette en el monte, desde el cual podía divisar las luces de la gran ciudad. Serge la había seguido, con pésimo disimulo.

La muchacha anduvo por la carretera descendente hasta las instalaciones donde se hallaban los anfiteatros. Estaban cerradas, pero una de las puertas se hallaba entornada.

La escasa luz imponía un cierto respeto. Georgette miró hacia atrás, y vio la sombra de Serge a unos cincuenta metros.

Empujó la puerta que separaba la calle del recinto descubierto, y avanzó por el ancho paseo, en dirección al anfiteatro.

Se volvió de nuevo y vio a Serge.

Entretanto, en la estación de Perrache, André Latour seguía deambulando por las dependencias, sin separarse demasiado del departamento de consignas automáticas.

Eran las siete menos diez.

En el anfiteatro romano, en lo alto, alguien parecía estar

haciendo señas con una linterna. Georgette se detuvo, y fijó su atención hacia la luz oscilante.

Sí. Sin duda, le estaban haciendo señas.

Subió por las gradas. El frío húmedo de La Saône penetraba en sus huesos, a pesar del abrigo de lana que cubría su cuerpo. La escalada no aumentó la temperatura de su cuerpo.

Llegó, al fin, arriba.

La luz había desaparecido. No había nadie, excepto un busto romano, restaurado, y allí, sobre el pedestal, un papel doblado, bajo una piedra, que le impedía moverse. Una luz próxima le permitió ver aquella nota que leyó en seguida.

Un nombre, unas señas:

«Antoine Deveraux. Gran hotel La Riviera. Espere en el vestíbulo. Cuando aparezca, deje la llave con mucho disimulo. Si esto sale mal, aténgase a las consecuencias».

Como la vez anterior, Georgette arrugó el papel y lo dejó caer al suelo, convencida de que Serge iría a recogerlo, como así fue.

Por su parte, ella dejó pasar unos minutos, y luego entró en un bar, frente a cuya puerta se hallaban un par de taxis vacíos, parados sin conductor.

—Perdón. ¿Está el conductor de alguno de esos taxis por ahí? —preguntó.

—Sí —repuso un hombre joven, observando con aprobación a Georgette.

La muchacha se hizo conducir al gran hotel La Riviera.

Estaba bastante lejos. A orillas del Rhône. Un hotel de cuatro estrellas, con un amplio vestíbulo y bastante más gente de la que pudiera pensarse en aquella época del año.

Entró y se dirigió hacia una de las confortables butacas del vestíbulo. Había otros clientes que se hallaban sentados, leyendo o esperando, como ella.

Un botones se paseaba, llamando a alguien de viva voz para que acudiera al teléfono.

Serge se había sentado en otra butaca, que quedaba casi enfrente de la ocupada por Georgette.

En la calle, a unos veinte metros de la entrada principal del

hotel, había una cabina telefónica.

Alguien detuvo un automóvil junto a la cabina, entró en ella y marcó un número.

La llamada fue a la centralita del hotel.

El hombre pidió:

—Busquen al señor Antoine Deveraux. Debe de hallarse en el bar o en el vestíbulo. Espero...

—Un momento, señor —repuso la telefonista.

Se avisó al botones, que en seguida se dirigió hacia el vestíbulo, llamando a Antoine Deveraux.

Naturalmente, al oír aquel nombre, Georgette agudizó su atención. Era su hombre. Al que debía entregar la llave de la consigna, de una manera disimulada.

Antes de que el botones empezara a llamar, el hombre que había utilizado la cabina para preguntar por Antoine Deveraux se alejó rápidamente en dirección al hotel, dejando el teléfono descolgado.

Cuando el botones efectuaba su ronda, insistiendo con el nombre, el que había hecho la llamada entró en el vestíbulo del hotel.

—Llaman al señor Antoine Deveraux...

Y el recién llegado alzó la mano, indicando:

—Yo soy Antoine Deveraux.

Los ojos de Georgette se volvieron vivamente hacia el que había confesado ser Deveraux.

Se fijó bien en él. Era de estatura más bien alta. Tenía un porte distinguido, y vestía ropas caras. Aparentaba unos sesenta años, más o menos, pero se adivinaba en él un muy bien conservado vigor.

—Le llaman al teléfono, señor. Por aquí.

El llamado Deveraux, antes de seguir al botones, lanzó una mirada muy especialmente dirigida hacia la muchacha, y luego fue hacia el teléfono, bastante próximo. Tomó el auricular y fingió una breve conversación. Luego colgó y volvió hasta donde Georgette seguía sentada. Se detuvo para sacar su pipa y su bolsa de tabaco, que dejó caer deliberadamente. Se agachó, quedando a la altura de las rodillas de la muchacha, que creyó era el momento de dejar caer, a su vez, la llave de la consigna automática de la estación de Perrache.

El pequeño instrumento metálico cayó justo sobre la bolsa de tabaco de aquel Antoine Deveraux, que tomó ambas cosas al tiempo que susurraba:

—Salga y diríjase al automóvil que está junto a la cabina telefónica. Suba y espere.

Georgette se levantó y comenzó a andar hacia la puerta.

Serge observaba la escena desde su butaca. Al ver que Georgette iba a salir, se levantó.

Antoine Deveraux terminó de cargar su pipa y caminó hasta interceptar el paso del secretario.

Los dos hombres chocaron brevemente. Serge ahogó un gemido. Luego, cuando Antoine Deveraux se separó de él para dirigirse a la salida, Serge se tambaleaba, mientras poco a poco una mancha roja ensuciaba su abrigo por el costado hacia el hombro. Una mancha de sangre.

—Por Dios, ayúdenme —pudo balbucir Serge, antes de caer.

Nadie supo exactamente lo que había ocurrido; sólo que, en el hotel, un hombre había caído, herido de cierta importancia.

Una mujer gritó, después comenzó a llegar gente, pero Antoine Deveraux y Georgette estaban ya lejos. El primero conducía hacia las afueras, sin dejar la orilla del Rhône.

CAPÍTULO V

—¿Adónde me lleva? Por aquí no se va a la estación. Ya tiene la llave del dinero. ¿Qué pretende ahora?

Las preguntas que Georgette dirigió a Deveraux quedaron sin respuesta. El siguió conduciendo hasta llegar a una ancha zona, descampada y falta de luz.

Apagó los faros, dejando únicamente las luces de situación. Dentro del vehículo estaba también oscuro, y el rostro de Deveraux apenas se distinguía.

—¿Por qué se ha detenido? —preguntó ella.

Antoine la miró fijamente.

—Lléveme a la estación. Yo ya he cumplido —insistió Georgette.

—Para que aquel tipo me sorprenda, cuando abra la consigna, ¿verdad?

—No sé... No sé de qué me habla.

—¿Me tomas por un imbécil? Llevo demasiado tiempo planeando esto para que una chica que quiere pasarse de lista trate de estropeármelo. —Y tras una pausa, aquel hombre, que hablaba con voz queda, como si tratara de disimular la suya habitual, añadió—: Me has reconocido, ¿verdad?

—No... —balbució ella, mientras el hombre se llevaba una mano al bolsillo de la gabardina.

—Sí... Hace tiempo que lo descubriste todo. Es una lástima. Una lástima.

Sacó un revólver provisto de silenciador y apuntó al pecho de la joven, cuyos ojos se agrandaron por el terror de su fatal presentimiento.

—¡No! —Apenas pudo gritar.

El hombre apretó el gatillo una sola vez. Fue suficiente. El disparo a quemarropa dejó a la joven con los ojos abiertos, aterrados. Luego, su rostro se contrajo con una breve mueca de

dolor, y cayó hacia atrás. Su cabeza pegó contra el cristal de la portezuela y su cuerpo sin vida se encogió.

El hombre apagó las luces de situación del coche y salió rápidamente.

A escasa distancia, escondido entre los árboles de aquella parte de la explanada, había otro coche. El asesino lo había previsto todo matemáticamente, incluso aquella muerte, en el lugar preciso, donde previamente había dejado ya el otro automóvil, con el que ahora desaparecía a velocidad moderada.

Lejos quedaba el otro coche, robado sin duda, con la trágica carga de aquella muchacha asesinada a quemarropa.

En la *gare* de Perrache, André Latour comprobó la hora de su reloj con la del vestíbulo.

Las 8,12 minutos.

Evidentemente, trataba de disimular su impaciencia.

Salió al andén por la puerta del restaurante, y volvió a entrar. No le convenía alejarse demasiado del departamento de consignas automáticas.

Alguien vendría por el maletín del dinero. Y entonces...

Los minutos iban transcurriendo lentos, monótonos.

Decidió ir a la cabina. Buscó en el listín el número del hotel Le Marechal.

Cuando lo obtuvo llamó, preguntando por Georgette.

Le contestaron que ya no estaba en el hotel.

—¿Dejó alguna dirección? —preguntó André.

—No, señor —repuso secamente la patrona de Le Marechal.

André colgó y volvió hacia las consignas. Desde la cabina no había perdido de vista a la gente que, en pocos instantes, invadió el vestíbulo. Procedían de un tren que acababa de llegar.

Se abrió paso para dirigirse hacia la entrada del departamento de consignas, y luego desplegó un periódico de la tarde, que había comprado.

Alguien tenía la mirada puesta en el joven. Era un hombre con el sombrero calado y gabardina. El hombre que había asesinado a Georgette.

En el trájín, nadie advirtió el cañón con silenciador que asomaba entre la gabardina del sujeto. André tampoco lo vio.

El hombre apretó el gatillo, sin fijar demasiado la puntería.

André sintió de repente un fuego irresistible en su interior. Quiso gritar, pero la voz no salió de su garganta. Intentó agarrarse a algo que no existía, y acabó desplomándose.

Nadie se dio cuenta exacta de lo que ocurría.

Alguien, al fin, acudió a auxiliarle.

—¿Se siente mal, señor? —preguntó.

La mujer que iba con el que auxilió a André lanzó un grito, al descubrir la mancha de sangre.

—¡Dios mío! Este hombre está herido.

La consigna automática, marcada con el número doce, había sido abierta. El sujeto de la gabardina y del sombrero calado, se alejaba andando muy ligeramente.

El altavoz anunciaba la inminente marcha de un tren con destino a París.

El hombre de la gabardina y el sombrero, con pasitos cortos y ligeros, subió al tren.

Dos hombres estaban atendiendo a André. Allí se encontraban otros dos empleados de la SNCF.

—He avisado a la policía —decía alguien—. Este hombre ha recibido un balazo.

Nadie había oído nada.

—Mire, quiere decir algo —indicó una mujer, viendo los esfuerzos que André realizaba.

—El... número doce... —murmuró el herido.

Nadie entendía lo que quería decir.

André se volvió hacia el departamento de consignas. Quiso mover una mano, indicar el apartado, pero apenas podía moverse.

—Doce —insistió tartamudeando.

—Doce. Ha dicho doce. Creo que intenta hacernos comprender algo —opinó un curioso.

Desde una ventanilla del tren, el hombre del maletín de la consigna doce consultaba el reloj. Sonrió levemente. Iba solo en un compartimento de primera clase. Nadie podía sospechar que en aquella maleta llevaba cinco millones de francos nuevos. Casi un millón de dólares, más o menos.

En la calle resonó el insistente y característico claxon de una ambulancia, a la que precedía un coche de la policía.

El tren con destino a París, arrancaba en aquellos momentos.

El hombre de la gabardina y el sombrero calado, alzó el brazo y lo agitó muy brevemente, en simbólica despedida.

Todo había concluido. Para él, había concluido perfectamente.

En la calle, un nutrido grupo de curiosos observaban cómo dos sanitarios transportaban en una camilla el cuerpo de André Latour, que ya había perdido por completo el conocimiento.

El tren iba tomando velocidad...

CAPÍTULO VI

La primera visita del conde de Latour fue para su hijo, internado en el Hospital Provincial de Lyon.

—La herida es grave, desde luego —le informaron—. Es prematuro hacer vaticinios. En principio, parece que su fortaleza física le hará superar la situación. De momento, sigue en un período estacionario.

—¿Puedo verle? —preguntó el conde.

—Sólo un momento.

El conde pasó a la habitación para observar a su hijo, postrado. Dormía.

—Es mejor dejarle descansar —dijo el médico.

Ya en el pasillo, habló con un inspector de la policía.

—Le dispararon a una distancia de diez metros. Calculamos que el ataque fue realizado en un momento de aglomeración. El asesino falló por poco.

—Todo hace suponer que sí... Si no tiene inconveniente, quisiéramos hacerle unas preguntas.

—Ahora no. Tengo que ver a alguien más.

—Si tiene la bondad de pasar por la comisaría... —El inspector le tendió una tarjeta—. Comisario Belioz. Le atenderé en cuanto usted vaya.

Latour guardó la tarjeta y se dirigió hacia la salida. Tenía que visitar a Serge, en otro hospital de la ciudad.

El automóvil, que él mismo conducía a buena velocidad, le trasladó en diez minutos.

Con Serge le fue posible hablar porque su herida, aun habiéndole destrozado el hombro, era menos grave.

—Si hubieran disparado más bajo, ahora no podría contarle —le informaron.

Luego, el propio Serge explicó:

—Fue en el hotel... Bueno, a la policía no se lo he contado todo, y celebro mucho que haya usted venido. Creo que debe saber la verdad.

—¿La verdad? ¿Es que tiene algo que ver con lo que le ha sucedido a mi hijo? —inquirió el conde de Latour.

—¿Su hijo?

Evidentemente, Serge no sabía nada.

—Bien, explíquese.

—Es un asunto que requería la máxima discreción. Quizá obré mal, pero en esas circunstancias... En fin... hay cosas que no pueden terminar bien.

—Hable, Serge, por favor. Nos conocemos desde hace muchos años. Usted siempre ha sido un miembro imprescindible del Consejo. No importa lo que me haya ocultado, aunque tenga relación con la compañía. Seré discreto hasta donde pueda...

—Se trata de la amenaza dirigida contra Roger Lafargue y Marc Lamon.

Latour frunció el entrecejo. Nada sabía.

Serge comenzó a relatar el asunto, desde el principio...

En su apartamento de París, Roger Lafargue estaba leyendo el periódico.

La noticia del asesinato de Georgette venía en la página de sucesos.

La ronda policial había descubierto el automóvil, con el cadáver de la muchacha en su interior.

Se informaba que el coche había sido robado, y el comentario subsiguiente añadía que se desconocían las causas de aquel crimen, si bien en principio se creía que podía tratarse de un asunto pasional.

«Otros sucesos», seguía el periódico. Y Lafargue leyó la herida por amia de fuego de Serge, y el estado grave en que se encontraba André Latour, tras el atentado sufrido en la estación de Perrache, en la ciudad de Lyon.

Poco después, Lafargue llamaba por teléfono a Marc Lamon.

—¿Lo has leído, Marc?

—Sí. Ahora mismo. No sé qué ha podido ocurrir.

—Me pregunto qué tendría que ver André en todo esto —

comentó Lafargue.

—¿Quieres decir que estaba en el asunto?

—No lo sé. Pero es curioso, ¿no crees?

—Tal vez... Lo que quisiera saber es si... si todo está resuelto ya. ¿Has recibido noticias?

—No. Ni una palabra.

—¿No sabes nada de tu hijo?

—En absoluto.

—¿Has avisado al colegio?

—No. No he querido decir nada. Dejaré que transcurran algunas horas... Si han conseguido el dinero, me lo devolverán.

—Lo que falta saber es si Georgette entregó la maleta —replicó Marc.

—No se habla de dinero. La policía no sabe nada. Pero temo que Serge hablará...

—¿Por qué mataron a esa pobre muchacha?

—No lo sé. Eso es lo extraño. Aunque tal vez...

—¿Qué? —inquirió Marc, ante el repentino mutismo de su compañero de junta.

—Puede que hubiese reconocido al secuestrador. De lo contrario, no tendría explicación.

—¡Dios mío! No estaré tranquilo hasta que devuelvan a tu hijo... No me atrevo a moverme de casa.

—Yo seguiré aquí. Hoy es sábado. En la compañía no hay nadie, excepto el portero. Ya le he avisado. Si preguntan por mí, que diga que no me moveré de casa. Estoy seguro de que avisarán. Adiós, Marc, cuélgalo por si alguien intenta comunicarse conmigo.

—Avísame si hay novedades, Roger —repuso el colega.

—Sí, sí —repitió la voz angustiada del delegado ejecutivo. Y colgó.

Se sirvió un *whisky* y consultó su reloj. Eran exactamente las diez y cinco minutos de aquella mañana de noviembre. El día había amanecido gris y desapacible...

En Lyon, el conde de Latour había escuchado en silencio el relato del veterano Serge.

—Debieron consultarme antes —murmuró, para añadir seguidamente—: En fin. Ya está hecho.

—Sólo puedo decirle que aguarde a saben si el hijo de Lafargue ha sido devuelto. Por mí... Estoy a su disposición. Ya tengo bastantes años. Quizá no he obrado correctamente con la compañía, pero se trataba de un caso excepcional. No sé... A veces, las cosas...

—Déjelo. Ya habrá tiempo de hablar. Lafargue es un hombre competente. No apruebo su proceder, pero tampoco puedo erigirme en juez. Debo pensar todo esto. De momento, celebro que sus heridas no sean graves.

—Gracias... Habló usted antes de su hijo.

—Sí. Y me gustaría saber qué pinta en todo esto. Si es que tiene algo que ver.

—¿Su hijo? ¿Qué ocurrió?

—Le tirotearon. Está bastante grave.

—¿Dónde ocurrió?

—En la estación.

—¿Perrache?

—Sí.

—Entonces...

—Sí. Da qué pensar. Y ahora, tengo que habérmelas con la policía.

—Llame primero a Lafargue. Se lo ruego.

El conde de Latour quedó pensativo unos instantes. Sin contestar al ruego de Serge, se levantó de la silla que había ocupado, cerca de la cabecera del herido, y le tendió su mano.

—Nos veremos. Ahora, no piense en nada. Espero que se restablezca pronto.

—Gracias.

Una sonrisa fue la despedida definitiva del presidente del Consejo de Administración de la Sociedad de Inversores de París.

Y en París, Roger Lafargue estaba contestando a una llamada telefónica que había estado esperando.

—Sí. Sí... Voy en seguida.

Tras colgar, llamó a Marc Lamon:

—Tengo noticias. Acaban de avisarme. Mi hijo está libre.

—Me alegro, Roger...

—Tengo que ir a buscarle. Le han dejado en un lugar de la carretera de Orleáns.

—¿Has hablado con él?

—No. Pero debo ir. Perdona. Estoy muy nervioso ahora...

—¿Quieres que te acompañe?

—Quería pedírtelo, Marc. Eres muy amable. Sí..., acompáñame. Te recogeré con mi coche. Me pilla de paso.

—Estaré preparado, Roger. Me quitas un peso de encima.

—Salgo en seguida —dijo Roger, antes de colgar.

Marc colgó también. A su lado, estaba su esposa.

—Marc —murmuró—, ¿qué pasa? Estás inquieto. No te has movido del teléfono. ¿Qué sucede, en realidad? Nunca te había visto así...

—Son cosas del trabajo —repuso Marc, sonriendo a su esposa—. Tengo que salir. Roger vendrá a buscarme. Son cosas de...

Se interrumpió. Tras su esposa había aparecido otra muchacha, joven, de mirada escéptica y risueña a la vez.

—Hola, Nicole... Perdona, que no haya podido dedicarte mucho tiempo...

Nicole era su hermana menor. Veintitrés años, contestataria por naturaleza. Despotricaba de las leyes establecidas. Dos detenciones en los célebres sucesos de mayo en París. Profesora sin empleo, por diferencias de opinión con el director del colegio donde había ejercido desde el comienzo del curso —dos meses tan sólo— y aficionada a meterse en casos difíciles.

—¿Por qué no le dices la verdad a tu mujer, Marc?

—¿Qué estás diciendo? Yo... yo no oculto nada a mi esposa —sonrió Marc, tratando de disimular su súbita turbación.

—Dile que tienes una amiga —sonrió Nicole, en broma.

—¡Oh, hermana! Por favor...

La esposa de Marc sonrió.

—Marc me lo cuenta todo.

—Casi todo, querida —sonrió Nicole.

—Bueno. Tengo que arreglarme —adujo el aludido—. Y no le hagas caso a Nicole. Ojalá todos mis problemas fueran por causa de unas faldas... Porque tú sabes —y miró fijamente a su esposa— que para mí no existe más mujer que tú.

—Estoy segura, querido —sonrió ella.

Marc desapareció, raudo, para ir a ponerse una prenda de abrigo.

Luego, cuando él se fue, la señora Lamon dijo a su cuñada:

—No deberías gastar esas bromas.

—No son bromas... aunque no se trate de una mujer. Es algo más serio, querida...

—¿Qué quieres decir?

—No te sientas celosa, cuñada —sonrió Nicole—. No se trata de un asunto de faldas. Pero Marc debió advertirte.

—No te entiendo... ¿Qué es lo que ocurre? ¿Por qué está tan nervioso últimamente?

—Espero que él mismo te lo cuente. Ahora, tengo que irme.

—Espera, Nicole. ¿Qué sabes tú? ¿Qué ocurre?

La respuesta de Nicole fue una sonrisa. Luego, se dispuso a salir.

—Volveré por aquí. Ahora, tengo que hacer un corto viaje.

—¿Te vas?

—Sí, querida. Me voy a Lyon.

Y Nicole Lamon salió de la casa en el momento en que el automóvil de Roger Lafargue se detenía ante la puerta.

Nicole pasó ante el auto, y siguió su camino hasta detener un taxi.

Marc salió tras ella para meterse en el coche de Lafargue y, tras colocarse a su lado, murmuró:

—Vamos... Si quieres, yo conduciré.

—No es necesario —repuso Roger, y pisó el acelerador.

CAPÍTULO VII

El conde de Latour concluyó su relato al comisario de la Prefectura de Lyon.

—Eso es todo lo que puedo decirle. He estado intentando comunicar con Lafargue y con Lamon. Sólo sé que se han ido juntos, después de que Lamon tuvo una conversación telefónica con Lafargue. Imagino que esa conversación debe relacionarse con su hijo. Les ruego discreción. En cuanto a lo del dinero, no voy a formular ninguna denuncia. Al menos, por el momento. La ropa sucia la lavo en casa... Otra cosa. En cuanto a mi hijo, ignoro si tiene algo que ver en este asunto... André lleva una vida muy independiente.

—Comprendo, señor. No obstante, y dadas las circunstancias, tendremos que hablar con su hijo.

—Sí, claro, claro.

Ante la actitud dubitativa del conde de Latour, el comisario insinuó:

—¿Le preocupa alguna cosa? ¿Algo que haya omitido decir? Todo puede ser importante. Está esa pobre muchacha... Según nos ha dicho, además de la secretaria de ese señor Roger Lafargue, era la encargada de llevar el dinero.

—No puedo decirle nada de ella. Debía ser muy competente, cuando Lafargue le encargó el transporte del dinero.

—En este asunto, señor conde... hay algo poco claro. ¿No lo cree usted así?

—Por supuesto. Se me debió consultar. Aunque, dadas las circunstancias... En fin... Es algo que debo meditar. Ruego a ustedes la máxima discreción en todo.

—Ya hemos llegado a París. En cuanto Lafargue recupere a su hijo, actuaremos abiertamente.

—Gracias, comisario. Si me necesitan... voy a permanecer unos

días en Lyon. Me hospedaré, en casa de un amigo. Voy a anotarle las señas.

Y tomando su estilográfica, buscó, un lugar donde escribir. El comisario le facilitó la hoja de un cuaderno.

—Aquí, por favor.

Serge, una hora más tarde, contestaba a las preguntas del comisario.

—Sí, en efecto. Yo estaba presente cuando, por teléfono, le fue comunicado a Lafargue que su hijo había sido secuestrado. La conversación fue grabada directamente.

—¿Y era voz de mujer?

Serge asintió.

—Y esa voz, según usted, dijo que era de la esposa de Lafargue.

—Sí, pero eso es imposible. La mujer de Roger Lafargue murió hace seis meses.

—¿Por qué cree usted que esa «mujer» dijo eso?

—No lo sé. No lo comprendo. Lo consideraré una broma del peor gusto.

—¿Qué tal persona le parece a usted el señor Lafargue?

—Muy competente... Es un hombre que siempre sabe lo que se lleva entre manos. Eficaz, y con una clara visión de los negocios.

—¿Y Lamon?

—Bueno... Lamon quizá es un poco más débil de carácter... Pero cumple. En fin, esto es sólo una opinión personal.

—¡Oh! Por supuesto, por supuesto —sonrió el comisario.

—No sé qué pensar... La pobre Georgette...

—Sí. Ha sido lamentable. Pero esas cosas ocurren por no avisar a la policía.

—Es que, dadas las circunstancias...

—El miedo es mal consejero.

—Es posible.

—¿Usted tiene hijos?

—No —repuso Serge—. Soy soltero.

—Y lleva muchos años en la empresa.

—Doce. Desde que se fundó.

—¿Siempre con el mismo cargo?

—Fui uno de los primeros accionistas.

—¿Y goza de toda la confianza?

—Desde luego. Pero... ¿dónde quiere ir a parar?

—Pues no sé... Mi obligación es hacer preguntas.

—No irá a pensar que...

—Por favor... Lo que yo piense carece de importancia. Sólo intento aclarar unos hechos.

—Se lo he contado todo.

—Sí, pero... Siendo una persona responsable, y gozando de plena confianza, ¿cómo no le contó antes al conde de Latour la situación?

—Fue todo muy rápido. Las razones de Lafargue y de Lamon eran lógicas. Sus hijos estaban amenazados...

El comisario pensó unos instantes, antes de formular la siguiente pregunta:

—¿Y ese otro miembro del consejo, Bertol?

—Sí.

—¿Qué tal?

—Bueno, lleva menos tiempo, pero también es competente... En realidad, él no se pronunció. Lafargue quería testigos, no consejos. Pienso que no hubiera hecho caso de nadie. Había decidido tomar el dinero.

—Bien... No voy a molestarle más, por el momento. Celebro que el asesino hubiese fallado con usted. Al menos, alguien ha podido hacer un poco de luz.

—No sabe cuánto me gustaría que detuvieran a ese hombre.

—A propósito... ¿No puede usted describirle?

—Ya le he dicho que todo fue muy rápido... Llevaba una gabardina, un sombrero, chocó conmigo... Tuvo que ser él. Yo apenas me di cuenta de nada. Sólo vi salir a Georgette, traté de seguirla y ese individuo se cruzó conmigo. Luego... Me sentí herido. Al principio ni siquiera pude sospechar lo que había ocurrido.

—Es extraño —murmuró el policía, pensativo.

—¿Extraño? ¿Qué?

—Pues que ese individuo, al chocar con usted... —El comisario sonrió, como si no quisiera dar importancia a sus pensamientos, y añadió—: Nada. Son cosas mías... Adiós, señor. Celebraré que se mejore. Es posible que le necesite otra vez.

Camino de Orleáns, Roger Lafargue había tomado un desvío de la carretera, por la indicación que señalaba un corte por obras.

Marc Lamon, tras la primera curva de la ruta secundaria, cercana al río, fue el primero que advirtió la presencia del obrero que estaba haciendo señales para que el vehículo se detuviera.

Roger paró a escasa distancia del hombre que vestía un mono amarillo y que llevaba en la mano izquierda la señal de paro.

—¿Qué pasa? —inquirió, saliendo del automóvil.

El hombre del mono amarillo se aproximó, y tiró al suelo la señal para sacar rápidamente un revólver.

—¿Qué significa...? —empezó Roger.

Sin mediar más palabras, el hombre disparó prácticamente a quemarropa.

Marc se colocó al volante, intentando poner en marcha el vehículo, pero el del mono amarillo disparó contra el cristal delantero, que estalló al recibir el impacto de la bala.

Marc Lamon recibió el balazo en el rostro y soltó el volante, tras una brusca e incompleta maniobra.

El auto fue a estrellarse contra el muro de tierra de la carretera. Marc ya no era capaz de controlarlo porque estaba muerto.

El falso obrero miró el cuerpo tendido de Lafargue, que seguía inmóvil en la carretera, y luego volvió los ojos hacia el coche.

—Bien, asunto concluido —murmuró.

Poco después, el mismo individuo del mono amarillo empujaba el coche hacia el borde de la carretera.

A sus plantas había un precipicio de unos quince metros, que terminaba en la pedregosa orilla del río.

El hombre prendió fuego *al* auto, y dio el último empujón.

El coche se despeñó, resbalando por la pendiente, en cuya caída dio un par de vueltas de campana, envuelto en llamas.

Al llegar junto a la orilla, el motor estalló y, durante unos instantes, el vehículo quedó convertido en una inmensa bola de fuego.

El falso obrero aún permaneció unos instantes viendo el trágico espectáculo, antes de recular para subir la pendiente y correr por el descampado superior hasta alcanzar un vehículo que estaba aguardando, con alguien en el volante.

—Listo —dijo el del mono amarillo, y comenzó a quitarse su vestimenta.

CAPÍTULO VIII

La noticia apareció en todos los periódicos de Francia.

A la muerte de Roger Lafargue y de Marc Lamon, se unía la de Georgette y la de los atentados contra Serge, el secretario del Consejo de Administración de la Sociedad de Inversores de París, y también la de André Latour, hijo del conde de Latour, y reconocido financiero de gran prestigio.

La noticia venía condimentada de sensacionalismo, al referirse a la amenaza de secuestro de los niños de dos de las víctimas, y la atención se centraba en averiguar el paradero del hijo de Lafargue.

La policía desplegó sus redes.

En principio, en el colegio del pequeño Lafargue informaron:

—Dejamos ir al niño porque, vino a buscarle un familiar suyo. Así nos lo confirmó el propio señor Lafargue, por teléfono.

—¿Les llamó por teléfono el señor Lafargue? —Fue la pregunta del inspector de turno.

—Sí, señor.

—¿Están seguros?

—No teníamos por qué dudar...

—¿Reconocieron su voz?

Nadie pudo contestar a aquella pregunta.

Posteriormente, dos detectives a quienes el propio Roger Lafargue había encargado que vigilaran a su hijo, declararon:

—En efecto. Recibimos encargo del señor Lafargue de vigilar a su hijo. Temía que fuera secuestrado.

—¿Por qué dejaron de vigilarle?

El propio director de la agencia dio su opinión al respecto:

—Bien... El señor Lafargue vino personalmente para decirnos que dejáramos el trabajo porque ya había pasado el supuesto peligro, pero en realidad yo creo que tenía miedo...

—¿Miedo? ¿Qué piensa usted? Es un profesional. Generalmente,

debe conocer a la gente.

—Pienso eso... Tal vez fue amenazado o tuvo miedo, ya lo he dicho.

—¡O sea que Lafargue les mintió, cuando dijo que ya había pasado el peligro!

—Exacto. Pero nosotros nos atenemos a los encargos. Jamás actuamos por nuestra cuenta. Es nuestra norma.

En Lyon, y ante la cama de Serge, que seguía en el hospital, se completaban los informes.

Serge refirió a la policía todo lo que conocía del caso. Lo mismo que antes había relatado ya al conde de Latour.

La esposa de Marc Lamon, afectada aún por la trágica muerte de su marido, fue la que menos pudo aportar en el caso.

—Yo no sabía nada. Marc me lo ocultó todo, desde un principio. Si nuestro hijo estaba amenazado de secuestro, lo ignoro. Tal vez Marc no quiso asustarme. No lo sé. ¡Dios mío! ¿Por qué a nosotros, por qué?

Manifestó también que había advertido un cierto nerviosismo en su marido, en los últimos días. Desde hacía dos semanas, tal vez, pero que él había confesado que se debía a asuntos de trabajo.

Entretanto continuaba la búsqueda infructuosa del hijo de Lafargue...

En el depósito de cadáveres, dos muertas por arma de fuego. Marc Lamon y Roger Lafargue. Dos muertos desfigurados por las llamas, que les consumieron en el interior del vehículo.

Un dictamen oficial:

—Lafargue ha sido identificado por algunos documentos que no llegaron a quemarse. Marc Lamon quedó irreconocible, pero de lo que no hay duda es de que ambos murieron a consecuencia de sendos disparos, hechos prácticamente a quemarropa.

Durante una semana, los periódicos siguieron ocupándose de la noticia.

El conde de Latour había hecho algunas declaraciones, reiterando que él se enteró de todo cuando los hechos, prácticamente, habían sido consumados.

Quedaba únicamente André, su hijo. Era el único que podía echar un poco de luz, si es que estaba relacionado con el caso.

El comisario Lebon, de la ciudad de Lyon, fue a visitarle

transcurridos nueve días de los hechos.

André empezaba a recuperarse con normalidad. El peligro de complicaciones había desaparecido, y aunque en el hospital aún, se hallaba en perfectas condiciones para contestar a las preguntas que se le hicieran, y recibir visitas.

Su respuesta a la primera pregunta de Lebon fue tajante, como si todo aquello le fastidiara:

—¡A mí qué diablos me cuenta! Yo no tengo nada que ver con los negocios de mi padre.

—Señor Latour, hemos sabido, sin embargo, que usted mantenía alguna relación con la señorita Georgette.

André enarcó las cejas.

—¿Georgette?

El policía dio nombre y apellido de la asesinada, y añadió:

—Era la secretaria particular del señor Roger Lafargue.

—Bien. La conocía, sí —repuso André, secamente.

—¿Sabía usted que ella estaba en Lyon?

—Claro que no.

—¿Por qué vino usted a esta ciudad?

—Hace tiempo que viajo, que voy adonde quiero, y nadie me pregunta por qué lo hago.

—Ahora se lo pregunto yo.

—¿Y qué le importa a usted?

—Se han cometido tres asesinatos. Usted mismo estuvo a punto de morir.

—En esta vida, señor comisario, no se pueden cometer errores —sonrió con cierto sarcasmo el herido—. Yo cometí uno.

—¿Cuál, señor Latour?

—No vigilar bien.

—¿A quién vigilaba usted?

—Al hombre que iba a disparar contra mí, por supuesto, no... Quizá ahora sería él quien estuviera en mi lugar...

—¿Lleva usted armas de fuego? —inquirió fríamente el policía.

—Ésas —replicó André, mostrando sus puños cerrados y bien prietos.

No. No hubo forma de que André colaborara. Negó una y otra vez que tuviera relación con el asunto. No deseaba dar cuentas a nadie de su viaje a Lyon, y el comisario, en principio, se dio por

vencido.

Se sucedieron los días.

En su convalecencia, y mientras daba largos paseos por los jardines del hospital, André recibió la visita de la hermana de Lamon, Nicole.

La hermosa y moderna Nicole, la despreocupada y contestataria Nicole, pasaba largos ratos hablando con André.

André, a su vez, era vigilado por agentes de la policía, que deambulaban más o menos disimulados por los jardines del centro hospitalario.

La búsqueda del pequeño Lafargue proseguía, pero con el paso del tiempo y los nulos progresos de la policía, el asunto dejó de ser noticia y los periódicos terminaron por no ocuparse de ello.

En cuanto a la Sociedad de Inversores de París, las cosas no marchaban del todo bien, ya que una vez hecho público que uno de sus consejeros había utilizado fondos de la misma para el rescate de su hijo, amén de la crítica situación por la que atravesaba la firma, los bancos que en principio iban a concederle el crédito necesario para que la empresa subiera a flote, dieron largas al asunto. Consideraron que algo marchaba mal en el asunto de la dirección.

Latour no se inmutó:

—Que hagan lo que quieran. Si quieren hundirme, allá ellos. Yo no seré el más perjudicado. Jamás he implorado nada. Los empleados, mis empleados —recalcó—, serán debidamente indemnizados. En cuanto a los inversores, perderán su capital. Esto es una sociedad anónima. Yo no respondo por nadie.

Los accionistas privados, los inversores, comenzaron a vender sus títulos al mejor postor. El papel bajaba día a día. Prácticamente, un título de Inversores de París ya no valía nada.

Pero alguien compraba. Alguien seguía teniendo fe en la empresa. Era una tal señora Anglade.

Nadie sabía quién era, pero su nombre comenzó a correr de boca en boca.

—¿Quién es esa señora Anglade, papá? —preguntó un día André, que ya llevaba algún tiempo dado de alta y había regresado a su casa de París.

—¿Es que vas a interesarte ahora por mis negocios? —preguntó, agresivo, su padre, sentado tras su mesa de despacho.

—Ya conoces mi postura —sonrió André.

—Entonces, no te preocupes. Toda tu vida has sido un inútil...

—Al menos, he merecido la atención de la policía —sonrió André, con impertinencia.

—No hablemos de esto. Tuve que intervenir para que te dejaran en paz. No lo hice por ti, por supuesto. Bastante se ha hablado ya de nuestro nombre.

—Siempre el orgullo, ¿eh?

—Vete al diablo. Pero te lo advierto, André. No quiero verte en líos. La próxima vez...

—¿Qué? —inquirió André, con una desafiante y burlona sonrisa.

—¡Largo!

—¿No vas a decirme quién es esa señora Anglade?

—¿Y a ti qué te importa?

—Nada... Pero va a quedarse con la compañía. ¿No te has dado cuenta?

—Tú no tienes nada que ver en todo esto, ¿verdad?

Y ante el silencio de André, el conde insistió agresivamente:

—¿Verdad?

—No, papá. Ni siquiera me preocupa la herencia.

Pero, la verdad... aunque no lo creas, me duele que alguien, además de querer aprovecharse de ti, trate de tomarte el pelo... Ciao.

Y André salió de la estancia, dejando a su padre con las ganas de preguntarle algo...

También, si alguien recordaba el caso, se estaría preguntando: «¿Quién mató a toda aquella gente?».

Y: «¿Dónde está el hijo de Roger Lafargue?».

Cierto que se habían encontrado a un par de muchachos muertos en lugares distintos. Niños que representaban la misma edad que el desaparecido Maurice Lafargue. Niños que no habían sido reclamados ni identificados. Uno flotaba en las aguas del Sena, otro se encontró en avanzado estado de descomposición, en un bosque.

¿Era posible que nadie reclamara a dos niños cuyas edades oscilaban entre los seis y siete años?

Misterios de la vida. Cosas de las crónicas de sucesos de todos los días.

Pero el misterio de aquel secuestro, la banda que lo perpetró y el

autor o autores de los subsiguientes asesinatos, seguían formando parte del anónimo.

Transcurrió el resto del otoño, llegó y pasó el invierno, y la primavera puso el eterno aire nuevo a la capital del Sena.

Abril...

El caso, para la policía, seguía durmiendo en las mesas de espera.

Era uno de tantos que, momentáneamente, se dan por irresolubles.

Abril...

Quizá la máquina policial seguía indagando de forma soterrada, pero ya nadie se acordaba de aquel trágico diciembre.

Abril...

Y en una terraza de un bar de los Campos Elíseos, André Latour estaba examinando unas fotografías que acababa de entregarle Nicole Lamon.

CAPÍTULO IX

André puso su mayor atención en los primeros planos de una mujer joven aún, de una belleza enigmática, casi irreal. Una mujer elegante, envuelta en un cierto aire de misterio.

—¿Conque ésta es la misteriosa *madame* Anglade?

—Veronique Anglade.

—¿Qué más?

—Francesa, casada con un norteamericano fallecido en Vietnam. Tiene la doble nacionalidad. Ha vivido en Estados Unidos los últimos nueve años.

—Y tiene dinero —murmuró André, sin dejar de mirar la foto.

—Su marido tenía una buena póliza de seguro y algunas otras cosillas...

—Ya.

—Es todo lo que he podido averiguar —repuso Nicole Lamon.

—Falso. No me creo nada.

—Pensé que dirías esto.

—Aquí hay algo más. Pero topamos con un muro. Un muro demasiado grueso.

Chasqueó la lengua con cierto desaliento.

—No irás a abandonar, ¿verdad?

—No, Nicole. Soy bastante duro de pelar, aunque mi padre me crea un inútil.

—Mi hermano pagó un precio muy caro.

—Otros también pagaron.

—¿Y sigues pensando que el que lleva la voz cantante en todo este asunto es alguien que está dentro de la compañía?

André se abstuvo de contestar.

—El Consejo estaba formado por gente competente Serge Laniel...

—El eterno secretario —repuso André, cortando a Nicole—. Un

hombre realmente eficiente, que tuvo a un asesino a menos de diez centímetros, y que no pudo echar ninguna luz.

—Roger Lafargue...

—El que propuso a tu hermano... Ahora, los dos están muertos.

—Mi propino hermano jamás sospechó...

—Mi querida Nicole, sabes perfectamente el concepto que me merecía tu hermano, en cuanto a inteligencia.

—De acuerdo, quizá no fuese una lumbrera.

—En todos los Consejos de Administración siempre hay dos o tres hombres como tu hermano. Se eligen expresamente para que digan «sí» a todo. Son gentes a los que se les puede ocultar todo, y jamás preguntan nada porque ellos mismos no se creen que hayan podido escalar un sitio que consideran colma sus ambiciones. Sobre todo, si se es joven.

—Mi hermano era la mejor persona que existía en el mundo. Incapaz de hacer daño a nadie.

—Ser bueno no significa necesariamente ser inteligente, Nicole. Y no quiero ofenderte. Conoces mi forma de pensar. Sé perfectamente quién es quién en el Consejo de la compañía. Lo sé, a pesar de mi padre...

Ella guardó silencio. Sabía con detalle el porqué de la íntima amargura que a menudo afloraba en el semblante de André. Conocía la imperativa necesidad del joven para demostrar sus propios méritos. Para demostrar a su padre que no era un ser inútil, aunque no concordaran sus respectivas opiniones. Sabía tantas cosas...

—Te comprendo, André... Y no me importa que consideraras a mi hermano un estúpido. Quizá lo era...

—Yo no he dicho esto.

—Últimamente estaba amenazado. Vivía aterrado, y no podía confiarse a nadie. Ni siquiera a su esposa.

Temía por la vida de su hijo... Ojalá lo hubiera sabido todo a tiempo.

—Lo sabía Georgette. Ella era la más íntima colaboradora de Lafargue. Otra que pagó un alto precio.

—Tuvo que reconocer al jefe... Al que dirige todo esto, André.

—Sí, sí. Lo sé. Ésta es la única razón por la cual la mataron...

—Y por eso insistes en que el criminal tuvo que ser alguien

relacionado con la empresa.

André asintió.

—¿Quién si no? —murmuró.

—¿Por qué? No lo comprendo. Podían haber hecho las cosas de distinta manera.

—No se trata de un simple secuestro, Nicole. Lo he estado pensando. No... No se trata sólo de esto.

—¿De qué, entonces?

—Tratan de quedarse con la compañía. Eso está claro.

Nicole no acababa de comprender. André se lo explicó, después, conduciendo ya su automóvil.

—Esa mujer, Veronique Anglade... Puede que sea otro instrumento. Verás...

André pareció recapacitar para exponer el asunto con brevedad, y sintetizó:

—Primero se empieza con un secuestro. Un falso secuestro... ¿Qué haces? —se interrumpió, al ver que Nicole ponía en marcha un magnetofón.

—Nada. Grabo lo que dices. Puede tener importancia... Al fin y al cabo, lo que estamos realizando es una labor de detectives. ¿No?

André se encogió de hombros y prosiguió. Ella continuó grabando en el pequeño aparato.

—Un falso secuestro... Un pretexto.

—¿Secuestrar a un niño y matar al padre es sólo un pretexto?

—Para mí, sí. No sé lo que opinará mi padre, ni me importa... Pero la verdad es ésa. Originar un escándalo que, para que sea público, hacen falta muertes. Asesinatos. La cosa habría sido demasiado sencilla. Cobrar un rescate y largarse, y luego devolver al niño. No...

Había que hacer algo más. Atentar contra dos personas. Serge y yo, y matar a otra...

—A Georgette.

—No, no. Georgette fue solo una necesidad. Georgette conocía a la persona que tramó todo esto. Por eso la mataron. Al hablar de asesinatos, me refiero a los de tu hermano y de Lafargue. El escándalo fue completo. Se retiraron los créditos. Mi padre se encogió de hombros primero; luego, ha reaccionado. Jamás ningún Banco le había cerrado las puertas. Esto ha sido un golpe para él. Si

quiere recuperar la posesión de la compañía, se arruinará. No tiene tanto dinero. Los accionistas han vendido. El barco se hunde y todos huyen. Pero alguien compra... ¿No te das cuenta de la jugada? ¿Por qué compran una compañía sin recursos? Los inversores piden les sean devueltos sus capitales.

André hizo una pausa.

—Mi padre ha dado orden de pagar. Pagar siempre. Ya está empezando a perder dinero, aunque él diga lo contrario. La compañía en sí está a la quiebra, pero alguien sigue con esas acciones... La Anglade. Y sigo preguntando: ¿por qué? ¿Por qué comprar una compañía que ya prácticamente está en quiebra?

Tras otra larga pausa, André aún prosiguió:

—Creía tener una pista, pero se esfumó.

—Tú tenías una gran amistad con Georgette.

—No era una gran amistad. Era una colaboración. Le ofrecí dinero. Ella aceptó.

—Por dinero —repitió Nicole, a su vez.

—Ella tenía alguna idea, una sospecha.

—¿De quién?

André guardó silencio.

—¿No te dijo nada?

—No. Desgraciadamente, no tuvo tiempo. Ahora tengo que partir de cero otra vez.

CAPÍTULO X

Etienne de Morignon era un hombre joven, aunque menos de lo que trataba de aparentar. Alto, su elegancia rayaba incluso con la impertinencia, y su sonrisa de suficiencia contrastaba con la acritud del conde de Latour, que acababa de recibirle en su despacho.

Etienne no se inmutó ni dejó de sonreír cuando dijo:

—Por supuesto, le hablo en calidad de consejero de *madame* Anglade. Lo lógico es que le hubiera citado a usted, pero reconociendo su alcurnia, he creído que...

Latour le interrumpió con brusquedad:

—No me gusta hablar con intermediarios. Diga a su cliente que, si desea algo, venga a hablar conmigo personalmente. Que pida hora a mi secretario.

De Morignon fingió no acusar el golpe. Se limitó a replicar con exquisitez:

—No sería muy cortés por su parte. *Madame* Anglade es una dama adinerada que...

—Mi opinión sobre *madame* Anglade me la reservo, señor. En cuanto se trata de negocios, la caballerosidad queda circunscrita al cumplimiento del asunto. Puesto que es *madame* Anglade quien desea algo de mí, que venga personalmente.

—Creo, señor conde. —Etienne carraspeó un par de veces, buscando las palabras adecuadas—, que en estos instantes no está usted a la altura de las circunstancias. Su posición con respecto a la compañía...

—Mi posición respecto a la compañía es algo que no incumbe a los intermediarios.

—*Madame* Anglade quiere comprarle toda su parte. Posee usted unas acciones que en la actualidad sólo pueden conducirle a la ruina. No valen nada. En cambio, ella estaría dispuesta a pagarlas

con alguna generosidad.

—Está bien, señor. Parece que no me ha entendido usted bien. No venderé. —Y acto seguido, el conde pulsó un timbre—. Dígaselo de mi parte. Lamento no poder decirle que ha sido un placer hablar con usted.

El mayordomo de la casa se presentó a la llamada del conde que, con un ademán, indicó:

—Acompaña al señor a la salida.

Pero antes de que Etienne de Morignon iniciara el camino, apareció André.

—Papá... ¿Por qué no preguntas al digno representante de tan gentil y generosa dama por qué desea tanto adquirir la totalidad de la compañía?

—¿Quieres no meterte en mis asuntos, André? —Fue la enérgica protesta del conde.

—Soy tu heredero.

—Si deseas hablar conmigo, lo haremos más tarde, André.

Y el padre se dispuso a abandonar la estancia, en la que el visitante se complacía en observar con atención —y escuchar— aquella escena familiar.

—No he conocido a nadie que quisiera arruinarse tan rápidamente como *madame* Anglade —sonrió André, sin hacer caso a la observación de su padre—. Me gustaría conocer a una persona tan pintoresca... ¡Señor! —Y André se dirigió a Etienne—. No sabe cuánto me gustaría conocer a su cliente.

—Ha trasladado su residencia a Ginebra; quiere descansar una temporada. Puedo transmitirle sus deseos.

—Le advierto —irrumpió el conde— que mi hijo no tiene voz ni voto en este asunto. Buenos días.

El conde dejó la estancia. Etienne saludó con una leve y sardónica reverencia. Luego sonrió a André, a quien dijo brevemente:

—Tendrá noticias mías, señor.

Y siguió al mayordomo, que aguardaba para acompañarle a la salida.

—Deberías tener cuidado, André —le dijo Nicole, aquella noche. Ambos se hallaban cenando en un restaurante de tipo medio, del

barrio latino.

—¿Lo dices por aquel tipo que no nos quita los ojos de encima?

En efecto. En el restaurante, a un par de mesas de distancia, se hallaba sentado un individuo solo que, en apariencia, estaba cenando y leyendo el periódico de la tarde al mismo tiempo, pero que, disimuladamente, no apartaba su mirada de la pareja.

—No me había fijado —murmuró Nicole.

—Nos viene siguiendo desde que fui a buscarte a la casa de tu cuñada.

—Eres buen observador.

—No tanto. En la estación de Lyon me dejé sorprender. El asesino falló por poco. Desde entonces, estoy prevenido. Sé que les estorbo...

—¿Por qué?

—Elemental, mi querida Nicole... «Green» que Georgette pudo decirme algo, y por tanto, «piensan» que puedo tener alguna sospecha acerca de quién maneja ese tinglado. Por eso dije que me habían sorprendido una vez, pero dos, no. Te aseguro que no.

—¿Le conoces? —inquirió ella, mirando al hombre que comía dos mesas más atrás, y que ahora parecía muy interesado en la lectura del periódico.

—¿A nuestro espía? Ni idea.

—André... Sé que no haces esto por mí tan sólo... Es por tu padre, para demostrarle que eres capaz de salvaguardar sus intereses, pero si de algo te sirve... en lo que atañe a mí..., desde este momento te pido que lo dejes. Prefiero que la muerte de mi hermano quede sin castigo antes de que a ti...

André la interrumpió:

—Todo lo que hago, mi querida Nicole, es simplemente porque quiero hacerlo. Soy un Latour. Lo soy a pesar de mi padre. El es un dios. Todo lo hace bien. La nueva juventud es un desastre. Cometí algunos errores, y no supo disculpármelos. Bien. Le demostraré que está equivocado. Que sé lo que me hago, y que puedo barrer a fondo a todos los parásitos en los que hasta ahora ha confiado. En cuanto a lo de tu hermano... creo que también lo haría por complacerte. Me gustas, Nicole. Eres como yo. Una chica independiente.

—Gracias, pero...

—Sin peros. Llegaré hasta el final.

—A veces, pienso que lo haces por rencor.

—Un hombre tiene que hacer algo para demostrarse lo que vale. Sobre todo, cuando le menosprecian. Anda. Termina con el postre. Esta noche quiero que me la dediques. Uno de esos días tendré que irme a Ginebra. Estoy seguro.

—André, déjalo. Es un presentimiento...

Y ella se removió, inquieta. La molestaba la vigilancia que tenía detrás. Sobre todo, después de que André se lo había confirmado.

—Nicole... En el Consejo de Administración hay un hombre que goza de toda la confianza de mi padre. Un hombre que, cuando yo estuve en la compañía, hizo lo posible para que me enfrentara con mi padre.

—¿Quién es?

—Serge... El intachable secretario general. El mismo que fue herido «gloriosamente» —y remarcó con ironía el adjetivo— en el hotel de Lyon.

Iban los dos en el auto. —André y Nicole— y detrás marchaba otro automóvil.

—Ahí está —sonrió el joven, mirando por el retrovisor—. ¿Ves los faros?

—Acelera.

—Si quieres, puedo detenerme. Ir a su encuentro y romperle la cabeza. Ganas no me faltan.

—No... Por favor.

—No. No lo haré. Vamos a darle un mal rato.

Y André señaló hacia un lado de la carretera. Había un anuncio de un motel cercano, a un kilómetro de distancia.

—¿Te parece bien el sitio? —añadió André.

Ella sonrió.

—Te dije que esta noche sería para mí.

Más tarde se hallaban ambos instalados en una bonita habitación. A través de las persianas graduables, André vio a su perseguidor, vacilando sobre lo que debía hacer. Cerró la persiana y se volvió hacia Nicole.

—¿Tienes que llamar a tu cuñada para decirle que esta noche no volverás?

—Sí. Desde luego. Estaría intranquila.

—¿Por qué sigues allí?

—Bueno. Para hacerle compañía. Desde que murió Marc... ella quedó en un estado que daba pena.

—Lo sé, lo sé. —Cambió de expresión, y tomando a Nicole entre sus brazos murmuró—: Dejemos ahora el tema. ¿Quieres?

—Lo que tú dispongas —repuso ella, dejándose abrazar, feliz, dichosa.

Los dos se habían olvidado de los problemas. Ella, de los temores. André, de sus preocupaciones.

Lo trascendental, en aquellos momentos, era el amor.

El espía que les había seguido continuaba fuera, metido dentro del coche, sin saber qué postura tomar. Y desde su incómoda posición vio cómo, a través de la persiana graduable, las luces se apagaban y quedaba solo una iluminación muy tenue dentro de la habitación. Un ligero reflejó, testigo de dos seres entregados al amor.

El espía lanzó un bufido, y continuó la espera.

Eran las nueve de la mañana cuando Nicole salió del *bungalow* del motel. El coche del espía seguía allí. La muchacha fingió un sigilo que no hizo más que despertar la tensión en el hombre que había estado aguardando.

Y Nicole fue directamente hacia el coche, que puso en marcha para aproximarle nuevamente al *bungalow*, del que rápidamente salió André para subirse al automóvil, que ella aceleró.

El espía se dispuso a perseguirles.

—¡Ahí! —dijo André, señalando la zona de vegetación.

Nicole, en vez de tomar la carretera, bordeó la piscina, y se ocultó en un lugar idóneo, desde el cual ambos pudieron ver el coche, del espía, lanzado hacia la carretera.

—Le hemos burlado —sonrió ella.

—Ya sabes lo que tienes que hacer. Llévate el coche. Ahora, seré yo quien siga a ese sujeto. Quiero saber adónde va.

Ella asintió. De antemano habían trazado el plan. Así pues, Nicole retrocedió y llevó el auto hasta la entrada de recepción del establecimiento. Allí aguardaba un taxi, que André había pedido previamente. Besó casi furtivamente a su compañera, y se metió en el vehículo de servicio público.

—Vaya detrás de un «Renault» color azul. Matrícula de París. Nos lleva un kilómetro de ventaja. En cuanto le vea, no le pierda de vista.

—Se hará lo que se pueda —fue la respuesta del conductor, y rápidamente el coche se puso en marcha.

Nicole lo hizo más tarde, por la misma carretera.

En pocos minutos, el taxi avistó al «Renault».

—Ése es —indicó André—. No le pierda. Siga a su mismo ritmo.

CAPÍTULO XI

El taxi había llegado ya al centro de París. Con la circulación abrumadora, resultaba difícil seguir al «Renault» azul, aunque era evidente que el espía ya se había resignado a su fracaso y conducía sin demasiada prisa, lo que, por otra parte, facilitaba la persecución, debido a la densidad del tránsito. Era ya mediodía.

—Parece que va a atravesar la ciudad —murmuró el conductor, que manejaba el volante del taxi alquilado por André.

—Aunque vaya al fin del mundo. No lo pierda.

De pronto, el «Renault» se metió por una calle transversal y aceleró para dirigirse hacia la Opera.

Cinco minutos más tarde, y tras dar un rodeo, el «Renault» se detuvo en las inmediaciones de Pigalle.

André tomó nota de la calle y, cuando pasó ante el vehículo, se fijó en el número de la casa en la que se metía el espía.

—Deténgase allí, junto al bar —indicó el joven al taxista que, milagrosamente, encontró un hueco para aparcar.

—Espéreme —dijo André, saliendo en dirección a la casa donde había entrado su experseguidor—. Número, diecisiete —memorizó, y se metió en el portal.

Observó que la portería, cuyo cristal se hallaba cubierto por una cortina, estaba cerrada.

No había ascensor. La casa tenía sólo tres plantas y el hombre estaba subiendo los escalones.

André le siguió.

Su exespía se había detenido en el segundo piso. Cada planta tenía dos puertas por rellano.

André observó que el hombre llamaba a la que estaba más cerca de la escalera. Puerta número uno.

—Planta segunda, puerta primera —se dijo.

Alguien abrió al hombre, y André, desde el rellano inferior,

escuchó una voz femenina:

—¿Qué haces aquí?

—Los perdí. ¡Maldita sea! Tengo que hablar con...

La puerta se cerró, y André no pudo oír el nombre de la persona con la que debía hablar su seguidor.

—Esto va bien —susurró, sin embargo.

André subió hasta la segunda planta, observando la puerta. Había un nombre en el tarjetero: «Mlle. Ordeix».

—*Mademoiselle* Ordeix... ¿Quién será ésta? —se dijo.

Observó la escalera, y subió hasta la planta superior. Había otro tramo hasta el tejado. Subió sin dejar de escuchar, por si el hombre salía del piso. Llegó hasta el tejado y echó un vistazo, desde el umbral de la puerta. No había nada de particular, aunque tampoco esperaba encontrarlo.

Fijó su atención en un tragaluz, y se aproximó. Sonrió, al ver unos asideros a modo de escalera, sujetos a la pared de un estrecho patio. Era una especie de respiradero. Miró abajo. Llegaba hasta el fondo.

—Una entrada de emergencia... —pensó en voz alta.

Volvió a la escalera, en el momento en que se escuchó el ruido de una puerta al cerrarse.

¡Su hombre se iba!

No estaba dispuesto a perderle de vista, y le siguió. Desde el interior del portal, le vio meterse nuevamente en su coche y proseguir su marcha.

Corrió hacia el taxi, y ordenó al chófer:

—Vamos. La carrera no ha terminado todavía. ¡Sígale!

El «Renault» azul pasó junto a ellos en dirección a los próximos bulevares. El taxi le siguió.

Esta vez, el espía tomó el camino de las afueras, y treinta minutos más tarde, el hombre metía el auto en un garaje particular, perteneciente a un grupo de chalets —pequeños *bungalows*— de cierta categoría.

André tomó nota, mientras aguardaba en el taxi. Observó la proximidad de una parada de autobús. En aquellos instantes uno de esos vehículos pasó por allí, deteniéndose para que subieran un par de personas.

El hombre salió del garaje y se metió en uno de los chalets, que

abrió con llave.

André pagó al conductor, añadiendo al importe de la carrera un billete de cincuenta francos.

—Por hoy, no voy a volver a necesitarle.

El taxista agradeció la propina, y dejó a André a unos treinta metros del chalet.

Desde allí, el joven caminó hasta el garaje, abrió la puerta basculante, con un leve empujón, y después examinó el único automóvil que allí había. El «Renault» azul. Abrió la puerta y buscó la documentación. Pierre Laforet era el nombre del propietario del vehículo, y un domicilio de Saint-Germain.

André salió tranquilamente, cerró la puerta y se dirigió al chalet para llamar al timbre de la puerta. No abrió nadie, al primer intento.

Hizo sonar el timbre con insistencia hasta oír una voz ronca:

—¿Quién es?

—¿Laforet? —preguntó André.

—¿Eh?

—¿Es usted Laforet? —preguntó André.

La puerta empezó a abrirse lentamente. Un empujón de André la abrió del todo.

El inquilino recibió un golpe, y antes de que se repusiera de él, le propinó un puñetazo en el estómago, que le dejó momentáneamente sin respiración.

André le enderezó de un directo a la mandíbula, que lanzó a Laforet contra el marco de una puerta.

Luego le sujetó por las solapas de la americana y, a pesar de la corpulencia del hombre, consiguió levantarlo unos centímetros del suelo.

—¿Tienes bastante o te sigo atizando?

—Maldita sea... ¿Qué quiere usted...? —repuso, jadeante, Laforet.

—¿Me conoces, no? Me has andado siguiendo un buen rato... Y me perdiste la pista. Ahora, las tornas se han cambiado.

—No sé de qué me habla... ¡Suélteme o...!

—¿O qué, valiente? ¿Qué harás? ¿Avisar a la policía? ¿O intentarás matarme, como ya lo hiciste en Lyon?

—¿Eh? Está loco. No sé de qué me habla.

—Te refrescaré la memoria. —Y André le soltó para pegarle un par de bofetadas, sonoras y fuertes, una en cada mejilla—. Esto aclara las ideas. ¿No te acuerdas de Lyon?

Por supuesto, lanzaba tiros al azar, pero necesitaba adueñarse por entero de la situación. Tener a su merced al espía, y ya lo había conseguido.

Apretó con más fuerza sus solapas, y lo aplastó contra la pared.

—Puedo darte una patada en cierto sitio, que la vas a recordar toda la vida...

—Bueno... Suélteme. Ya está bien.

—¿Me seguías o no?

—Sí, sí... Le seguía... —admitió Laforet.

—Eso ya está mejor. Vamos... Iremos a un lugar más cómodo... Tú delante. —Le empujó con tanta fuerza que el otro dio un traspié, pero consiguió enderezarse.

Le dolían sin duda los golpes, y tosió un par de veces, no repuesto aún del castigo sufrido en el estómago.

André lo tiró sobre una butaca del *living*, de otro fuerte empujón. El otro cayó, hecho un lío.

—Ahora empieza a hablar y de prisa. No tengo mucho tiempo... ¿Quién te paga?

—Oiga... Yo soy detective... Tengo una licencia... No puedo descubrir el secreto profesional.

—¿No puedes, eh? —Y André se le aproximó, agresivo..., abriendo y cerrando la mano como si estuviera eligiendo el lugar para golpearle de nuevo.

—No conozco a mi cliente. Ésa es la verdad. Se lo juro.

—¿Trabajas para un cliente que no conoces? ¡Qué extraño! ¿Y no cobras por tus servicios?

—Kay un intermediario.

—Bueno, algo es algo. ¿Cómo se llama?

Laforet vaciló.

—Vamos, vamos. Te he dicho que tengo prisa.

—No se lo puedo decir... No sería... no sería justo. Ella no tiene ninguna culpa.

—¿Ella?

Laforet asintió.

—¿Te refieres a la señorita Ordeix?

—¿La conoce? —inquirió el detective.

—¿A ti qué te parece?

—Oiga... A mí me ordenaron seguirle. Yo vivo de esto... La verdad es que no estoy en muy buenas relaciones con la policía, ¿eh? Pero usted, antes, ha hablado de Lyon. Yo no sé nada... Le sigo a usted desde hace un par de días.

—¿Quién está detrás de esa señorita Ordeix? —atajó André.

—No lo sé...

—Hace una media hora, tenías que llamar a alguien... Como detective eres una calamidad. Pierdes la pista de tus perseguidos, y dejas que te sigan a ti y se enteren de tus cosas...

—Usted me...

El hombre estaba desconcertado. Alto y fuerte en apariencia, en aquellos momentos era un ser vencido completamente, a merced de André que, aunque mucho más joven pero con mayor personalidad, había conseguido hacerse el amo de la situación.

André levantó al detective para zarandearle.

—Me estás haciendo perder la paciencia. Habla.

—Está bien, está bien... El único nombre que conozco es el de...

No terminó la frase. Sonó un disparo. Claro, nítido, sin silenciador. Una bala de gran calibre se incrustó en el costado del detective, en el momento en que André le había obligado a volverse. El hombre lanzó un gemido, y André le soltó a tiempo de ver claramente la sombra en la ventana, que iba a disparar de nuevo. Y lo hizo.

El joven se había lanzado al suelo, una fracción de segundo antes, y evitó que la bala le alcanzara.

Dos estampidos eran demasiados a la una de la tarde para no llamar la atención de la vecindad. Eso debió pensar el agresor, que optó por huir.

André se levantó rápidamente para dirigirse hacia la ventana.

Vio a un hombre meterse en un automóvil, aparcado en una calle interior que serpenteaba entre los *bungalows*.

Corrió tras él, saltando por la ventana, mientras, como ya temía, algunos curiosos habían empezado a asomar.

André corrió un buen trecho, pero evidentemente no podía seguir la velocidad del automóvil, y lamentó haber despedido el taxi.

Notó que la gente le miraba, y pensó que era mejor desaparecer antes de tener que dar explicaciones.

La llegada de un autobús le ayudó a poner tierra por medio, antes de que la gente lograra explicarse lo sucedido.

Lo sucedido fue noticia en los informes de la noche de la Radiotelevisión francesa.

«Se ha comprobado —decía el informador— que la víctima es un detective privado, expulsado de la profesión. Se llamaba Pierre Laforet. La casa donde ha sido encontrado muerto, de un balazo, pertenece al señor Serge Laniel».

—¡Serge Laniel! —André pegó un salto.

Estaba sentado en una butaca en su habitación, esperando precisamente noticias, pero no aquélla. ¡No aquélla!

CAPÍTULO XII

—No lo entiendo. De veras. No entiendo nada —decía el propio Serge al conde de Latour.

Habían transcurrido un par de días desde aquella muerte violenta y extraña.

Y Serge, que se creía obligado a dar explicaciones al que todavía seguía siendo su presidente, prosiguió:

—La policía no ha cesado de hacerme preguntas. ¡Yo no conocía de nada a ese detective! Llevaba mucho tiempo sin ir al *bungalow*. En realidad, lo uso pocas veces... Bueno —carraspeó—, lo que yo creo, no sé si usted pensará lo mismo, pero...

—Vamos, Serge, adelante.

—Pienso que se trata del mismo asunto de Lyon. Alguien quiere perjudicarme. Allí intentaron matarme... Ahora han utilizado mi casa para cometer un crimen.

—¿Con qué objeto? —inquirió Latour.

—No lo sé. Ojalá tuviera una ligera sospecha.

—Yo lo siento por usted, Serge, pero no se crea obligado. Yo no tengo nada que ver en todo esto.

—Todo son piedras que caen sobre el mismo tejado: la compañía.

—Sí. Lo sé. Lo sé, Serge...

La conversación siguió en un tono más pesimista, entre los dos hombres.

Los periódicos, por su parte, recordaron el caso del secuestro, los sucesos de Lyon y todo el misterio que aún no se había desvelado.

Referente al asesinato de Laforet, la prensa informaba también que según las pesquisas policiales, había otro hombre en la casa. La gente que lo había visto coincidía más o menos en señalar a un hombre joven.

Y el hombre joven que había huido de la casa era André,

naturalmente, que ahora estaba leyendo la noticia en casa de la viuda Lamon. Ella estaba en la compra, y Nicole y André departían en el salón de la confortable vivienda, hablando del caso.

—¿No te parece extraño que eligieran la casa de Serge, precisamente? —decía la muchacha.

—Hay muchas cosas extrañas en todo este asunto, Nicole... Y una de ellas no es precisamente la muerte de ese detective.

—Dijiste que iba a revelar algo.

—Sí...

—Bien. La cosa, según me has contado, parece bastante clara.

—¿Tú crees? —inquirió André, con la idea fija en algo.

—Bueno. Corrígeme si me equivoco.

—Adelante.

—Laforet se da cuenta de que nos ha perdido de vista, y va a casa del enlace, de esa señorita Ordeix. Allí llama a alguien, que le ordena dirigirse al *bungalow* de Serge.

—De acuerdo.

—Ese alguien está cerca de allí. En realidad, vive por allí... ¡O donde sea, canastos! El caso es que se adelanta a Laforet y espera, entonces te ve a ti, y aguarda acontecimientos, escucha vuestra conversación y, cuando cree que el detective va a revelar su nombre, le mata para silenciarle.

—Ésta es una buena versión, pero yo pienso en otra cosa más sencilla. Pienso que, una vez más, esa bala iba dirigida a mí. Era de mí de quien quería librarse el hombre que disparó a través de la ventana.

Ella quedó en la duda y, tras un silencio, André prosiguió:

—Disparó, otra vez para alcanzarme, y si no continuó fue por no llamar la atención. Esto está claro. Lo malo es que nadie le vio huir. Al que vieron fue a mí. Menos mal que no me han identificado, pero no podré volver por allí.

Otro silencio, que en esta ocasión interrumpió Nicole:

—Si piensas que siguen empeñados en matarte, abandona...

—Ahora menos que nunca.

—Al menos, dice si puedo ayudarte en algo.

—Sí. Comprueba todos los datos de la viuda Anglade. Una comprobación oficial. Toda su filiación puede ser una patraña. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Pondré en marcha a mis amistades. A veces, sirven de algo.

—Sí, pero sin dar explicaciones. ¿Eh?

—De acuerdo. ¿Y tú, qué harás entretanto?

—Hacer una visita a la señorita Ordeix.

Nicole frunció el entrecejo.

—Acto de servicio —sonrió él.

—Cuidado.

—No pasará nada. Sospecho que la avecilla ha levantado el vuelo. La estuve llamando ayer. En su casa no contesta nadie. Pero sé el modo de entrar. Adiós. Saluda a tu cuñada, cuando vuelva.

No fue necesario porque la señora Lamón regresaba en aquellos momentos, con un par de bolsas llenas, del supermercado.

—Ven, te ayudaré —dijo Nicole, al tiempo que tomaba una de las abultadas bolsas.

—No sabía que estuviera usted aquí, André.

—Quería charlar con Nicole. Ya sé que está usted bien. Celebro que todo marche...

—André... Eso de los periódicos, ese nuevo crimen en casa de Serge... No sé, me ha hecho recordar...

—Mejor olvidar lo desagradable. No se ocupe de esto.

—Es que... —*Madame* Lamón parecía presentir algo, pero no se atrevía a decirlo.

Nicole regresó de la cocina, donde había dejado una bolsa, y dijo:

—Bueno, ya me tendrás al corriente de lo que has encontrado en casa de esa damisela.

—No quiero entretenerle, André —dijo la dueña de la casa, dejando sola a la pareja que se estaba despidiendo.

—Todo esto le ha recordado otra vez la muerte de Marc. Ella también opina que el asunto está relacionado —dijo Nicole, abriendo la puerta a André para que saliese.

—¿Le has hablado de lo que estamos haciendo?

—No. Por supuesto.

—Bien. Sigue igual. Como tú decías, hay muchas cosas extrañas... Y otra de las cuales es el atentado que tuvo Serge en el hotel de Lyon.

Ella aguardó a que André terminara lo que, de hecho, no era más que la expresión de un pensamiento en voz alta.

Y André concluyó:

—El disparo fue hecho a quemarropa, pero el asesino falló...
Curioso, ¿no?

Y dejando a Nicole con una posible pista y el deseo de hacerle más preguntas, bajó a la calle, tomó el coche y se alejó.

CAPÍTULO XIII

Era ya de noche cuando André subió la escalera de la casa número 17, de la calle donde residía la señorita Ordeix.

Se había asegurado de antemano de que no había nadie en los alrededores que vigilara el edificio. Nadie, en especial.

Se quedó un momento en la puerta primera de la segunda planta, escuchando, y llegó a la conclusión de que el piso estaba vacío.

André no era detective profesional ni tenía dotes para abrir pisos, por lo que optó por seguir con la idea que se había formado.

Subió a la azotea, y se dirigió al tragaluz, o pequeño hueco. Estaba oscuro, a excepción de una luz que llegaba de una ventana de la primera planta. Sin duda, pertenecía al cuarto de baño.

Tanteó con un pie hasta encontrar el hierro pegado a la pared, que hacía las veces de peldaño, y tras asegurarse de que resistía su peso, comenzó el breve, descenso.

Se detuvo junto a la ventana correspondiente al piso de la Ordeix, y empujó levemente. Lanzó un suspiro, y casi no acabó de creer en su buena, suerte, al comprobar que el pórtico cedía. La ventana no tenía puesto el pestillo.

El hueco era pequeño, pero suficiente para poder pasar por él. Y André, a quien la agilidad no le faltaba, pasó a través de la abertura, encontrándose efectivamente en lo que era baño, lavabo y retrete del apartamento, de construcción bastante antigua.

Techos altos y decorados, instalaciones de muchos años, aunque ligeramente remozadas, y posteriormente comprobó que el resto de la casa respondía a ese empaque de otras épocas. Su actual inquilina no había hecho nada para cambiar unos muebles de excelente madera, pero ya en desuso.

Lo único moderno era un largo y cómodo sofá, instalado en el centro del salón, y un tocadiscos estereofónico, dispuesto sobre una

mesita vieja, que a la vez servía de bar.

Todo esto, André pudo examinarlo a entera comodidad porque, tal como esperaba, el piso estaba vacío, y él. —André—, después de correr las tupidas cortinas del balcón que daba a la calle, encendió una luz de una lámpara de pie.

Siguió curioseando.

No había nada que, en principio, pareciera revestir una gran importancia.

Abundante ropa en un armario. Unas pieles falsas, y otras de calidad mediana, vestidos, muchos vestidos, pantalones zapatos, blusas, y profusión de ropa interior, evidentemente muy «sexí»; incluso demasiado para una señorita normal.

André se hizo más o menos una idea de la profesión de la tal señorita Ordeix.

—Pero lo que me interesa es saber quién la protege... No será un pez gordo. Las pieles no son demasiado caras. Parece que vive bien, pero sin excesivos lujos... No, no... Debe tener varios amigos, y uno de ellos es el que yo busco.

Volvió al salón, a tiempo de oír un ruido característico. ¡Alguien estaba introduciendo una llave en la cerradura!

André buscó un lugar donde esconderse. No había tiempo. Pudo apagar la luz, antes de que la propietaria del piso abriera la puerta, y en seguida se metió en el baño. Luego, por el hueco de la ventana, salió al respiradero.

La Ordeix entró. Iba acompañada de alguien. Un hombre.

André escuchó la voz de la muchacha cuando ésta se aproximó a la puerta del baño.

—Toma lo que quieras. Voy a arreglarme... Pero ya te he dicho que esta noche espero a alguien.

La respuesta del acompañante de la Ordeix le llegó más lejana:

—Bueno... La verdad es que estoy un poco nervioso y... Tomaré una copa. No suelo beber, pero me irá bien.

—No debiste venir. Te lo advertí... En fin... Bebe, bebe, ánimo un poco, pero sólo podremos estar diez minutos.

Y la muchacha desapareció hacia el baño. No se fijó demasiado en la ventana del fondo, que estaba algo más abierta de lo que ella debía tener por costumbre dejarla.

Comenzó a quitarse la ropa.

André, sujeto a los hierros, podía ver algo por el resquicio de la ventana, aunque en aquellos momentos lo que menos le interesaba eran las redondeces de la inquilina.

El ruido del agua, al caer a presión, le indicó que la muchacha se estaba duchando. Luego, al cabo de una interminable espera, la vio pasar de nuevo, enrollándose una toalla al cuerpo.

Se secó, y se puso una bata demasiado liviana, pero que debía resultar muy cómoda, ya que era tanto como no llevar nada.

El visitante de la inquilina pronunció alguna frase, halagando su hermosura, y André, aunque le molestaba ser testigo de una posible escena íntima, asomó la cabeza, más que nada porque deseaba conocer al visitante, pero en seguida tuvo que desistir porque la puerta del lavabo se abrió nuevamente.

Rápido de reflejos, el joven pudo retroceder y pegarse a la pared del respiradero, amparándose en la oscuridad y sujetándose a uno de los hierros salientes.

Por la breve abertura pudo ver, durante un momento, al hombre.

¡Era él!

No supo si debía extrañarse o tomarlo como lógico. Porque aquel hombre, aquel visitante de la Ordeix, era Serge. Serge Laniel.

Creía saber parte de lo que había ido a buscar. Por lo menos, conocía a uno de los «admiradores» de la encubridora o intermediaria.

Pensó que lo más prudente sería salir de su escondrijo, y marcharse y esperar al nuevo visitante, del que la inquilina había hablado. Pero esperarle en un lugar más cómodo.

Subió utilizando el mismo sistema que a la bajada, y consiguió llegar hasta la azotea.

La noche no era oscura. Brillaba la luna, y era perfectamente posible distinguir las sombras del tejado. Chimeneas, cuartos trasteros... y otra clase de sombra, que no estaba precisamente inmóvil.

La sombra de un hombre que André no pudo ver, porque acechaba por detrás.

La presintió, sin embargo.

La sombra levantaba una mano, en la que llevaba un objeto indefinido. Iba a golpearle.

André pudo evitar que la agresión se consumara, y reaccionando fulminantemente esquivó, al tiempo que pasaba al ataque con un golpe en el bajo vientre de su agresor.

Tras suyo apareció una segunda sombra, tan silenciosa como la primera, y mientras la primera se doblaba, ahogando una exclamación de dolor, la segunda, avisada ya, esquivó la acometida de André para, tras un amago, golpearle el rostro.

El joven no pudo evitar el impacto, y cayó al suelo, pero se incorporó con prontitud, cuando su otro agresor se estaba reponiendo, y mascullaba algo entre dientes.

Iban por él, seguro. Le cascarían sin contemplaciones, y André no estaba dispuesto a que le golpeasen primero y le explicaran las causas después.

Rodó sobre sí mismo, evitando que uno de aquellos tipos se le echara encima, y dejó que, al hacerlo, se diera de bruces contra el duro suelo, mientras pasaba a entendérselas con el otro.

Hubo un amago por ambas partes, y un puñetazo de la sombra que le pasó rozando el pómulo izquierdo. Luego, André pasó al ataque con energía, pero no podía confiarse porque detrás ya tenía al otro, contra el que se revolvió.

Era el que le había golpeado, y parecía mucho más fuerte y, sobre todo, más hábil.

Sin embargo, la pelea cesó en aquellos momentos. El otro había sacado un arma del bolsillo y puso una bala en la recámara.

Al mismo tiempo ordenó:

—¡Quieto o te salto la tapa de los sesos!

Se volvió, y vio el cañón dirigido hacia su cuerpo.

Fue lo último, porque en seguida todo se oscureció por completo. Ni siquiera supo que acababa de recibir un tremendo golpe en la nuca, que le hizo caer fulminado.

Tampoco pudo oír al del revólver, que decía a su compinche:

—¿Por qué no acabamos aquí mismo con él?

—No seas imbécil. Despertaríamos a todo el mundo. Además... Aquí, «precisamente», no.

—Humm. Bien. Vamos, pues.

Entre los dos lo cargaron. Lo llevaron escaleras abajo, hasta la calle. Cualquiera hubiera pensado que eran tres amigos, y el de en medio no podía sostenerse en pie, por la borrachera que llevaba.

Le metieron en un coche. En la parte de atrás. Uno de los hombres se sentó a su lado, y el otro se puso al volante.

Un cuarto de hora más tarde, Serge Laniel salía del apartamento de la Ordeix.

En la misma hora, el automóvil conducido por uno de los dos hombres que habían atacado a André, se detenía en un lugar solitario, un sitio increíble, al que, para ambientarlo, sólo faltaba aquel olor fétido, putrefacto, un hedor ciertamente insoportable.

André se estaba recuperando, pero seguía inmóvil, sin conciencia plena de lo que estaba ocurriendo.

El hedor llegó más profundamente hacia él, cuando abrieron las portezuelas de los coches.

Alguien se alejó hacia el borde de lo que parecía un precipicio.

De algún lugar surgía una catarata de aguas sucias. Iban a parar a un canal, y desaparecían en algún sitio.

En el precipicio había montones de desperdicios. Era, en parte, un vertedero, cerca de una desembocadura de aguas residuales.

—Aquí. Le meteremos entre esa porquería. No tardará en oler tan mal como todo lo que nos rodea.

—Acabemos pronto. No soporto ese olor —dijo el de la pistola, sacando el arma de una funda sobaquera.

—Vamos por él. Creo que aún sigue durmiendo. No se enterará de nada. Así nos dará menos trabajo.

—Me fastidia terminar con la gente, sin que se entere...

—¡Bah! El asunto es terminar pronto. Y éste ha sido un caso fácil.

André tenía noción de las últimas palabras, y hasta vio, con mayor nitidez, las piernas de los dos hombres que se aproximaban hacia la puerta abierta del coche.

El estaba en el suelo, medio encogido, en difícil postura y olía... olía aquella pestilencia.

Los dos hombres estaban allí. Iban a sacarlo. Iban a arrastrarlo hasta el borde de las basuras, y allí le matarían; su cuerpo quedaría oculto entre, los detritus...

CAPÍTULO XIV

Dejó que dos poderosas manos le arrastraran por los pies. Luego, alguien dijo:

—Cógelo por los hombros.

—¿Para qué? Te has vuelto muy delicado, Gardin...

—¡Cuidado! —gritó el otro.

Unos faros habían iluminado brevemente la presa, y su luz había herido momentáneamente el lugar.

—Es un camión. Seguramente viene a descargar... ¡Maldito sea!
—Gruñó el otro.

—Sube al coche, y no pierdas la calma.

Con medio cuerpo fuera, André ya empezaba a ver las cosas con absoluta claridad; incluso las fuerzas que hasta entonces le habían abandonado por completo volvieron a su persona.

El camión que se aproximaba se quedó en lo alto de una cima formada por cascotes, tierra y desperdicios. Desde allí arrojó su basura, con los faros alumbrando el cielo.

—Menos mal. No viene hacia aquí —dijo el del revólver—. Acabemos ya.

—Espera. Espera a que se largue el camión. Aunque el ruido del agua impida oír el disparo, no vale la pena correr riesgos.

Los dos hombres tenían la mirada pendiente del camión, allá arriba, a un par de cientos de metros de distancia y unos veinte de altura.

André observó al hombre que tenía delante. Sus piernas estaban muy próximas. Sólo tenía que alargar las manos y...

No lo dudó. Sabía que era menester dosificar sus fuerzas, pero confiaba, sobre todo, en el factor sorpresa.

Se lanzó hacia adelante, aferrando las pantorrillas del tipo armado, y tirando con tanta furia que el hombre cayó irremisiblemente.

André se volvió como una exhalación, antes de que el otro compinche pudiera reaccionar, y empujó con fuerza la portezuela del coche, alcanzando al tipo en algún lugar muy doloroso, porque lanzó un alarido.

Pero el otro, desde el suelo, intentaba disparar. Se había revuelto. André tuvo tiempo de arrebatarse el arma con un tremendo puntapié.

Debía volverse hacia atrás para evitar sorpresas, pero también sabía que no podía sostener una lucha en sus condiciones. Ellos iban armados, y él salía de un prolongado atontamiento.

El tipo que había recibido el golpe estaba sacando un arma. André se tiró al suelo, cerca de donde había ido a parar el revólver del que había desarmado con el puntapié.

Sonó un disparo. André alcanzó el revólver y se revolvió, disparando a su vez.

Su agresor se parapetó al otro lado del coche, mientras el compinche quedaba en medio de los dos fuegos, echando maldiciones.

André no estaba dispuesto a alargar aquella situación y cambió de posición, aproximándose al coche. El compinche aprovechó para huir, lanzando nuevas maldiciones.

Evidentemente los del camión habían visto algo, y uno de los pistoleros exclamó:

—Hay que largarse.

André estaba cerca del coche, que conservaba abiertas las puertas. Saltó hacia arriba, y lo puso en marcha.

El del revólver comprendió, demasiado tarde, que se escapaba la presa y disparó. André estaba agachado, pero hizo virar el auto y lo lanzó sobre ellos.

—¡Cuidado! —gritó uno.

Trató de esquivarle, yéndose hacia un lado. Su compinche disparó al azar.

André maniobró el auto y la bala pasó rozando la trasera del automóvil, con tan mala fortuna que alcanzó al que había corrido hacia el lado del precipicio.

Quizá hubiera sido una herida sin importancia, pero el tipo perdió el equilibrio y se fue al fondo.

El otro había vaciado el cargador, y el coche, con la presunta

víctima, se alejaba, justamente con ésta al volante.

Había salvado un nuevo escollo, y André comenzaba a respirar. Aminoró la marcha al llegar a la carretera y se arregló la ropa.

La sirena de un par de motoristas de la policía le hizo pensar en un nuevo e inesperado peligro.

Los motoristas se situaron a su lado. Le hicieron señales para que se detuviera.

—Permiso de conducir.

André pensó que lo que no habían conseguido los otros lo iba a lograr la policía, de la forma más estúpida. Tendría que dar una serie de explicaciones...

—No... No lo llevo encima —mintió.

—Documentación —pidió uno de los agentes, mientras el otro examinaba el auto, fijándose, de modo muy especial, en el número de la matrícula.

—Es que me he olvidado la cartera en casa —dijo André.

El policía, que había estado mirando el número, se acercó a su compañero y dijo:

—Éste es el coche. La matrícula concuerda.

André comprendió. Debía tratarse de un auto robado. ¡Encima, le acusarían!

No lo dudó: pisó el acelerador y salió a escape, tomando una ligera ventaja a los agentes.

Las potentes sirenas no tardaron en ulular, mientras daba principio la persecución.

André, que les había tomado unos quinientos metros de ventaja, gracias al portentoso reprise del vehículo y la velocidad vertiginosa que le había imprimido desde el primer instante, llegó hasta una curva de escasa visibilidad.

Había observado la vía del ferrocarril, que corría paralela a la carretera.

Frenó el coche bruscamente y saltó, corriendo hacia la pendiente.

Cuando los agentes llegaron al automóvil abandonado, André corría por entre los raíles de la vía férrea.

Se acercaba un tren. Había un semáforo en señal de precaución, y el convoy marchaba, aminorando la velocidad.

Los agentes habían empezado la búsqueda del joven.

André estaba ya en uno de los vagones de aquel expreso nocturno, no importaba dónde fuese. La cuestión era alejarse de aquel lugar.

CAPÍTULO XV

A veces, la propia casa es el mejor refugio, sobre todo cuando se es hijo de un conde, con un nombre respetado, aunque las actuales circunstancias hacían que ese nombre anduviese en lenguas.

André llegó de madrugada. Al subir la escalinata para dirigirse a su habitación, se abrió la puerta del despacho de su padre.

El conde se quedó en el umbral, mirando a su hijo. Encendió una luz, y se fijó en su aspecto. Desde luego, no era presentable.

El hombre no dijo nada, pero su mirada le bastó a André para que adivinara sus pensamientos.

«Debe pensar que me he reunido con una partida de indeseables, que me he corrido la gran juerga y que he tenido que huir a escape... Bueno, lo último es cierto, pero no a consecuencia de ninguna juerga».

Aguantó la mirada de su padre.

Por un momento, pensó en sincerarse con él.

¿Por qué no acercarse, de una vez para siempre? ¿Por qué no limar las asperezas, y acabar con las rencillas?

Su padre dejó de mirarle, y volvió a su despacho. Estaba visiblemente preocupado, aunque trataba de disimularlo.

André lo sabía. No eran las pérdidas en sí, era el prestigio. El nunca había querido dar una gran importancia a la Sociedad de Inversores de París, pero en realidad era algo muy suyo, una empresa de prestigio, de solvencia, donde hasta entonces nadie había sido defraudado.

Sí, le preocupaba el asunto.

André siguió su camino, callando una vez más.

Luego de ducharse y meterse en la cama, más sosegado, volvió a pensar en su padre.

Todo porque una vez se dejó engañar por unos buscavidas. Cayó, como hubiera caído cualquier inexperto, cuando sólo contaba

dieciséis años. Por ser hijo de quien era, resultaba una presa fácil. Le invitaron a jugar. Y empezó ganando.

Bueno. En cierto modo, aquello había sido un golpe a su orgullo. Un merecido castigo a su insolencia. Se creía superior y pagó con el ridículo.

Jugó y ganó.

«Ésos hacen trampas, pero yo soy más listo. Les he visto perfectamente el truco».

Jugaban a esconder un dado en el interior de un cubilete. Un juego para incautos.

—Vamos, no nos desplumes. Sigue apostando...

Siguió y lo perdió todo, pero no se resignó.

—Vamos. A ti te fiamos. No te rajes ahora.

Perdió cinco mil francos nuevos, y tuvo que decírselo a su padre. Allí empezaron las cosas.

A André no le gustaba ser reprendido. Se tomó a mal que su padre le diera un buen rapapolvo, y entonces, a menudo, dejaba sus estudios para irse por ahí con sus amigos.

Un día llegó a casa borracho. Otro lo trajo la policía. Habían robado un coche, sólo para reír. Cosas de chicos.

—Nunca serás un hombre de provecho —aseveró Latour—. Y no te van a reír las gracias porque seas mi hijo. ¡No, André! No lo consentiré. Aunque tenga que molerte a palos... Si quieres seguir haciendo el golfo, será lejos de mi casa.

Pasó el tiempo. André reflexionó. Verdaderamente había obrado mal, y un día quiso hacer las paces con su padre. Le pidió trabajo en la compañía.

El conde parecía dispuesto a darle un margen de confianza, pero haciéndole empezar desde, abajo, y nombró a Serge su vigilante, aunque al principio él lo ignoraba.

Los informes eran malos. Por lo que decía Serge, André no prestaba demasiada atención a los trabajos de oficina.

—Son trabajos rutinarios, papá...

—Hay que saber hacerlo todo...

—Puede que tengas razón, pero yo puedo aprenderlo desde otro sitio. Veo las cosas de otra forma. Hay anomalías, creo que se pueden reorganizar algunas secciones...

—¿Pretendes decir que no tenemos organización?

—Yo no digo que no la tengáis, pero hay cosas que se llevan de una forma tonta; se podría simplificar el trabajo. Hay momentos en que faltan empleados, y otros en que nadie sabe qué hacer. He estado pensando...

—Lo que debes hacer es seguir en tu puesto, y dar ejemplo desde allí.

Fue la primera vez que, desde la reconciliación, su padre se negaba a escucharle. Tenía más confianza en Serge que en él.

¿Cómo decirle que hay gentes que han nacido para pasarse ocho horas haciendo números, escribiendo cartas o haciendo otros trabajos burocráticos por mera rutina, sin saber, la mayoría de las veces, lo que hacen? Y en cambio, otras personas pueden dar un rendimiento óptimo en otro orden de trabajo.

Un día faltó dinero. Serge no le acusó directamente, pero la cosa quedó en entredicho, y fue precisamente su padre quien no quiso dar más importancia al asunto, aunque no le acusó a la cara. Le quitó de aquella sección. Y André terminó por negarse a ir a trabajar.

Desde entonces se dijo que, de alguna manera, quería demostrar a su padre que no era un inútil. La ocasión se le presentó unos meses antes; pero entonces él ya había estudiado a fondo a los empleados, a los dirigentes, tenía un dossier completo. Hizo amistad con algunas chicas, y luego con Georgette, aunque ésta era más interesada.

Su objetivo primero fue descubrir quién se había llevado el dinero, o quién se lo llevaba; había algo que fallaba allí, y quería demostrárselo a su padre. Pero acería presentarle, hechos consumados, pruebas. Sólo así el orgulloso conde comprendería que su hijo no era un gamberro, y que podía confiar plenamente en él...

Así estaban las cosas.

No desmayaba, pero comprendía que cada vez se ponía todo más difícil.

Sobre todo porque alguien había dictado una sentencia de muerte contra él mismo. Estorbaba a alguien.

Quizá Serge Laniel pudiera saber algo...

CAPÍTULO XVI

Aquella mañana, Nicole llamó a André, cuando éste se estaba afeitando.

—Ya cumplí tu encargo. Se hará una investigación sobre la autenticidad de todo Jo relacionado con la Anglade. Tardarán unos días...

—Ya me lo supongo.

—¿Y tú? ¿Cómo te fue anoche?

—Ya te lo contaré luego. Quizá te llesves una sorpresa. Serge Laniel visitó a la Ordeix.

—¡No me digas!

—Esto y otras cosas. Almorzaremos juntos, si quieres.

Cuando Nicole colgó, apareció tras suyo su cuñada, que preguntó:

—¿Qué os traéis con André?

—Nada...

—Aparte de que te guste, que es muy natural... ¿No me ocultas nada?

—¿Me estabas espionando? —sonrió Nicole.

—No. Y la verdad es que no tienes ninguna obligación de decirme tus cosas, pero no sé... A veces, me pica la curiosidad. Esas idas y venidas...

—Es que somos muy dinámicos... Adiós. No comeré en casa hoy.

—Ni hoy ni nunca, desde hace algún tiempo.

El rostro de la viuda Lamon se tomó sombrío.

—¿Te molesta?

—Nicole... Te he oído hablar de esa mujer... Veronique Anglade. Su nombre ha aparecido bastante, últimamente... Sé que es la que está comprando prácticamente la compañía.

—Esto lo sabe todo el mundo.

—Y tú y André, ¿qué sabéis de ella?

—¿Es que tú sabes algo, querida cuñada? —inquirió a su vez Nicole, mirándola fijamente.

—No soy tan tonta como para no darme cuenta de que esto tiene todas las trazas de ser un feo asunto. Feo y peligroso. No te metas en ningún lío. Recuerda al pobre Marc.

—Tranquila —sonrió Nicole, saliendo de la casa.

A mediodía, André terminaba de contar a Nicole lo que le había ocurrido la noche anterior, y acabó anunciando:

—Ahora habrá que vigilar a Serge.

—¿Crees que él pueda ser el hombre que buscamos?

—Por lo menos, tiene amistad con la Ordeix, aunque no pude saber de qué hablaron. Ella tenía prisa. Esperaba a otro.

—Y en el tejado te esperaban a ti —se burló ella.

—Sí. Parece que sospechaban que iría.

—Pero ¿quién podía saber que irías allí?

—Aparte de ti, nadie más —sonrió él.

—Entonces...

—Bueno, tengo mis sospechas... En realidad, el que mató al detective nos oyó hablar. Pudo escuchar cómo Laforet mencionaba a la señorita Ordeix, y cómo yo le decía que le había seguido. Pensó que iría allí, y lo dispuso todo para que me hicieran un buen recibimiento.

—Cada vez tengo más miedo. Por ti.

—Sólo hay una razón, por la que quieren eliminarme. Sólo una. La sospecha de que yo pueda saber algo que me permita llegar hasta «él» o hasta «ellos».

Luego, tras un silencio, añadió:

—Quieren quedarse con la compañía. Esto está claro, pero íntimamente ligado con el secuestro, y Serge por medio... Tendré que vigilarle estrechamente.

—André... Se me ocurre que puedo entrar en la compañía. Allí no me conoce nadie, y me sería fácil estar cerca de Serge.

—Ahora es imposible. ¿Cómo podrían admitirte? De la forma que están las cosas, todo el personal sobra. No.

Le vigilaré los pasos fuera del trabajo, pero me temo que la verdadera clave de todo esto está en Ginebra, donde reside Veronique Anglade...

Vigilaron a Serge durante dos días turnándose. A veces lo hacían

juntos. El secretario parecía llevar una vida bastante normal, hasta que volvió a visitar a *mademoiselle* Ordeix. Estuvo una hora. Luego volvió a salir.

Se disponían a seguirle de nuevo, cuando hubo un atasco entre un vehículo que intentaba aparcarse y otro que iba a salir. Aquello les entretuvo mientras Serge se perdía con su automóvil por el final de la calle.

Sin embargo, aquella imprevista espera les valió un importante descubrimiento.

—¡André! —exclamó la muchacha al ver al hombre que bajaba del coche que se había detenido cerca de la esquina.

Los ojos del joven se clavaron en el individuo que caminó con paso rápido hacia el portal número 17.

—¡Cielos! ¡Es mi padre!

El conde de Latour desapareció tras el portal.

Desconcertado André llegó a su casa y el mayordomo le dio un recado:

—Ha venido una mujer. Dijo llamarse Marie Soubirous... Me dejó unas señas para que fuera usted a verla.

—No conozco a nadie de ese nombre. ¿No dijo lo que quería?

—Traía una carta personal pero dijo que no la entregaría si no era en propia mano...

—¿Una carta? ¿Marie Soubirous? No sé...

—Tiene otra carta señor. Se la he dejado en su habitación.

—Bien, gracias, Pascal...

En su habitación, André se encontró con una invitación llegada de Ginebra. La firmaba el apoderado de los bienes de Veronique Anglade. Le invitaban para el próximo fin de semana. Y el próximo fin de semana era el siguiente día. Sábado.

Aquella misma tarde, André recibió una llamada de Nicole.

—Las investigaciones sobre Veronique Anglade han ido más de prisa de lo que esperábamos.

—¿Qué hay sobre el particular?

—No sé si te alegrarás o no, pero todo resulta correcto. Tiene bastante dinero, y se puede permitir el lujo de comprar acciones.

—Pero ¿y sus relaciones? Puede que alguien la utilice.

—Desde que enviudó, llevó una vida bastante retirada pero

siempre había mostrado deseos de regresar a Francia. No se le conocen amistades. Tiene parientes en Ginebra.

—¿Parientes?

—Auténticos... En realidad, son de parte de su marido.

—¿Y ese petimetre que dice llevar sus asuntos? ¿Qué diablos puede significar?

—Eso ya no lo sé.

—Bueno, Nicole, no sé si me dará tiempo a verte esta noche. Mañana tengo que estar en Ginebra. Tomaré el avión.

Pero André todavía tenía algo que hacer; recoger aquella carta que no habían querido dejar. Sí. Le había intrigado, pero se hubiese apresurado mucho más, de saber que la mujer que dijo llamarse Marie Soubirous era la portera de la casa donde había vivido Georgette...

CAPÍTULO XVII

—Tenía que habérsela entregado después de que la pobre señorita Georgette murió —se excusó Marie Soubirous—, pero me fue imposible.

Era una mujer entrada en años, con aspecto fatigado y con cara de estar pasando una tremenda pena.

—Estuve enferma, ¿sabe? Y mi hijo me llevó con él al campo... Dejé una sustituta. Luego cuando ya estaba bien, mi hijo fue atropellado por un coche y murió... ¡Dios mío! Cada vez que lo recuerdo... Yo me quedé con mi nuera y...

—Sí, sí... Pero ¿cuándo le entregó esta carta la señorita Georgette? —cortó André, que aceptaba las excusas de la mujer, pero que para él lo más importante eran los detalles y el contenido de la misiva.

—Pues una semana antes de que yo marchara. Déjeme pensar...

Estuvieron hablando brevemente para esclarecer esos pequeños datos. Luego, Marie volvió a excusarse y concluyó:

—Me recomendó que sólo se la entregara a usted en propia mano y que, si algo lo impedía, que la diese a la policía pero no sin antes estar segura de que la carta no podía recibirla usted... Recuerdo que me lo recalcó.

Casi antes de que la portera terminara de hablar. André estaba leyendo la misiva en el bar más próximo que encontró.

La carta de Georgette, escrita a máquina, pero con su firma, estaba fechada ocho días justos antes de su muerte.

«Es sólo una sospecha, André, pero no estoy segura. De ser lo que pienso, creo que no valdría la pena seguir en este juego...».

La carta proseguía:

«Temo que mi sospechoso haya podido pensar que yo sé algo. Esto me pone en una situación difícil, pero no abandonaré. Sin embargo, por lo que pudiera ocurrir, ahí va lo que pienso sobre el asunto...».

La carta seguía con una larga exposición, desde que empezaron a llegar los anónimos y las llamadas telefónicas amenazando con secuestrar a los niños de Lafargue y de Lamon, exigiendo de los padres el máximo silencio.

Al final de la misiva póstuma de Georgette había un nombre. El nombre del sospechoso. El nombre que hubiera tenido qué llenarle de estupor, pero que, sin embargo, le dejó casi indiferente, como si ya esperara algo por el estilo.

Ese nombre era:

«Roger Lafargue».

André se reunió con Nicole, aun cuando no pensaba hacerlo. Se encontraban solos en la casa. La viuda Lamon no estaba.

—Ha ido a pasar el fin de semana en casa de unos parientes, en el campo. Yo me disponía a marchar ya.

André necesitaba contarle todo aquello a la muchacha. Y Nicole se quedó boquiabierta.

—¡El propio Lafargue!

—En parte, concuerda. Y explica algunas cosas, aunque no todas. Primero prepara el terreno, y escoge a tu hermano como una de las víctimas. Luego, se rodea de testigos: su propia secretaria y dos miembros del Consejo, para hacerles partícipes de que piensa tomar ese dinero para salvaguardar la vida de su hijo. Todo sale según sus deseos, excepto el comportamiento de su secretaria. Sin duda, sospecha de ella, por lo que decide suprimirla. La cita para la entrega del dinero es Lyon. Allí la eliminará, y luego, a mí. Pero a Serge le necesita vivo para que pueda testimoniar... Aquí termina su comedia.

Tras una pausa, continuó:

—Luego, finge ir en busca de su hijo. Se hace acompañar por el infeliz de tu hermano. Las cosas siguen saliéndole a pedir de boca...

A medida que iba hablando, creía estar viendo la escena, más o

menos tal como sucedió.

—En un lugar determinado, debe encontrar a su hijo, que explicará que un hombre lo llevó a un sitio, y hasta quizá le maltrató. Un hombre contratado por el propio Lafargue; pero, de repente, algo falla.

—¿Quieres decir que ése cómplice quiso aprovecharse de la situación, y mató a Lafargue para quedarse con todo?

—Cinco millones de francos son suficientes para retirarse, querida.

Ella quedó en la duda, y comentó:

—Sí, podría ser una buena hipótesis, pero ¿qué representa en todo esto Veronique Anglade? ¿Se trata de otro asunto? ¿Y si es el mismo, por qué siguen queriendo matarte? De ser Lafargue el culpable de todo, tendría que seguir vivo. Si está muerto, ya no puede temerte. Hay algo más André...

—¡Algo más! —repitió él.

En su despacho privado, el conde de Latour examinaba unos documentos; con él se hallaba uno de sus colaboradores en la compañía.

—Entonces, ¿era cierto? —preguntó el visitante del conde.

—Me ha costado conseguirlo, pero valía la pena.

Y pasó los documentos a su colaborador.

—Ahora ya sabemos por qué quieren la totalidad de las acciones...

—Sí. Petróleo. Petróleo en una porción importante de nuestras tierras en Marruecos. Valdrán una verdadera fortuna, y están pagando las acciones a cuatro céntimos **para** quedarse con la compañía.

—¿Cómo has conseguido la información? —preguntó el colaborador.

—La amiga de Serge.

—Odette Ordeix...

—Sí. He sabido muchas cosas, de resultas de esa visita. Una de ellas, por ejemplo, es que utilizaba a Serge para enterarse de todo lo que quería saber de la compañía.

—¿Para qué?

—Para vender la información a uno de los que ahora están

tratando de arruinarme.

—No lo entiendo, Jean André... Si trabajaba para tus enemigos. ¿Cómo te dio esa información a ti?

El conde guardó un extraño silencio.

Aquella mañana, todos los periódicos llevaban la breve reseña de uno de tantos crímenes que, desgraciadamente, se descubren con harta frecuencia.

Odette Ordeix, joven de vida dudosa, había sido hallada acuchillada en su domicilio.

El día y la hora del crimen se cifraban entre las seis y las siete de la tarde del jueves.

André leía la noticia, mientras tomaba un café en el aeropuerto, antes de emprender el vuelo para Ginebra. Nicole, que había ido a despedirle, se hallaba a su lado y leyó igualmente la nota. Ambos cambiaron una muda mirada.

Precisamente, entre las seis y las siete había visto entrar en la casa al conde de Latour.

CAPÍTULO XVIII

André se presentó a mediodía en el domicilio de la señora Anglade, hacia las afueras, con la casi inevitable vista al lago Lemán.

Allí estaba el fiel colaborador de Veronique Anglade, con su recargada elegancia.

Veronique atendía a otros invitados.

—Su padre fue un poco duro conmigo. Celebro que usted haya aceptado mi invitación.

—Si piensa convencerme para que presione a mi padre por el asunto de las acciones, debo decirle que, desgraciadamente, mi influencia para con él es absolutamente nula.

—Por favor, no hable usted de negocios.

En apariencia, aquélla era una fiesta mundana corriente. Para André, la señora Anglade se comportaba un poco sofisticadamente, estudiando gestos y actitudes y hablando con una absoluta falta de naturalidad.

El joven aguardó una oportunidad propicia para escudriñar más a fondo la casa. Las habitaciones interiores. El despacho... Pero todo parecía estar perfectamente vigilado.

En París, entretanto, Nicole también sentía curiosidad. Para satisfacerla, se dirigió a la residencia de los Latour. No llamó a la puerta; buscó una entrada lateral y, una vez dentro, fue directamente al despacho del conde. Llevaba fija una idea en la cabeza.

No había nadie. Cerró la ventana y corrió las cortinas, a pesar de la excelente temperatura de aquel magnífico atardecer de junio.

Buscó.

No sabía exactamente el qué, pero buscó... La idea de que Odette Ordeix hubiera muerto aquella tarde, coincidiendo con la visita del conde, la obsesionaba, y a la vez que continuaba

buscando, ávida de encontrar algo, temía también encontrarlo...

—Dios mío —se había dicho—. André luchando para demostrar a su padre lo que vale, para al final descubrir quizá que... su propio padre...

La horrorizaban sus propios pensamientos, que interrumpió de súbito al ver aquellas notas.

Empezó a leerlas con interés.

—¡Cielos! ¿Qué es esto?

Fue entonces cuando surgió la recia voz de Latour:

—¿La ha mandado mi hijo para que espiera mis casas, señorita Nicole?

—¿Eh? —Ella no pudo evitar el sobresalto.

—¿Sabe que podría mandarla detener, por allanamiento de morada?

—Pero usted no lo hará, ¿verdad? —murmuró día.

—¿Por qué cree que no lo haré?

—Porque usted sabe mucho de la muerte de Odette Ordeix...

—¿Qué está diciendo?

—Su hijo y yo estábamos observando la entrada de aquella casa, el día que usted fue a visitar a Odette Ordeix —explicó ella—. Y era la misma hora en que dicen los periódicos que ella murió.

El conde avanzó lentamente hacia la mesa de su despacho. Ella se separó a un lado.

Entretanto, en Ginebra, André había vislumbrado la oportunidad de meterse en las habitaciones privadas de la señora Anglade.

Desde fuera vio la escalera exterior, que conducía a una terraza. Era la primera planta de la hermosa casa. Encima tenía otra más pequeña, rematada por un torreón.

—Cuando sea oscuro —se dijo.

Y en París, el conde de Latour se había sentado ante la mesa y levantaba los ojos hacia la petrificada Nicole.

—¿De modo que mi hijo y usted creen que yo maté a esa muchacha?

—No hemos hablado de esto, señor Latour.

—¿Por qué hacen esto?

—Ya es hora de que alguien se lo diga... Su hijo está tratando de ayudarlo... Va detrás, desde hace tiempo, de subsanar anomalías en su compañía. El piensa, que lo del secuestro fue un ardid para crear

la situación actual.

—¿Mi hijo investiga por su cuenta? —inquirió el conde, poniéndose súbitamente en pie.

—Emplea todo su tiempo en ello. Han vuelto a atentar contra su vida. Dos veces. Una en casa de Serge Laniel, y otra en la azotea de la casa de la Ordeix.

—¡Dios mío! ¿Dónde está ahora?

—En Ginebra... Seguramente, jugándose la vida. El tiene sospechas sobre esa *madame* Anglade... Le invitaron...

—¡Cielos! ¡Le invitaron! Entonces, es seguro que se la está jugando...

—¿Qué dice?

—Tome... Lea esto, mientras yo llamo a la policía. Quería cogerlos con las manos en la masa, pero estando mi hijo allí, no puedo arriesgarme.

Las pupilas de Nicole se iban dilatando, a medida que avanzaba rápidamente en la lectura de aquellas notas.

El conde comenzó a dar órdenes por teléfono, luego pidió un pasaje para el primer vuelo en dirección a Ginebra.

—Yo iré con usted —exclamó ella, decidida.

—No, Nicole; podría ser peligroso.

—Nuestra vida ha corrido peligro siempre. Ahora, me doy más cuenta que nunca.

Era tarde. Muy tarde para evitar ciertos acontecimientos. André, disimuladamente, de noche ya, se había alejado del resto de los invitados. Sonaba la música y, tras la cena, la gente bailaba. El subía los escalones exteriores hasta la terraza superior. Allí se deslizó a una de las habitaciones.

Casi sin darse cuenta estuvo en la de Veronique, Una cama de matrimonio, dos almohadas, olor a tabaco.

Recordó un momento de su llegada:

—¿Un cigarrillo?

—Gracias, no fumo —había sido la respuesta de la dueña de la casa.

Fuera, alguien estaba hablando. Una doncella. ¡Y la voz de Veronique Anglade!

—¡No es posible! ¿Cuándo han llamado?

—Este mediodía. No he tenido ocasión de hablar antes con usted. Bueno. Creí que no le importaba.

—¡Estúpida, idiota! —chilló Veronique, sin el menor asomo de aquel vocabulario cursi y forzado que utilizaba con sus invitados. Allí no había en absoluto la menor sofisticación, sino una forma de expresarse de escasa entidad cultural—. ¡Viene mi hijo y no me avisas hasta ahora! ¡Maldita sea! ¡No puede venir aquí, ahora! No es el momento... ¡Oh! Tendré que hablar con... Bueno, váyase, no se quede ahí como una imbécil.

Seguramente *madame* Anglade hubiera ido a la habitación, pero aquella noticia le hizo tomar otro camino, y André pudo seguir buscando.

Allí había lo corriente en una habitación femenina, excepto el olor a tabaco. Claro que esto formaba parte de la vida privada de la viuda.

Siguió buscando, mientras Nicole y el conde de Latour, en un coche que conducía a buena velocidad un chófer de la casa, se dirigían hacia Orly.

El conde continuaba un relato que había empezado en su casa.

—Cuando llegué a casa de Odette Ordeix, ya la habían apuñalado, pero aún vivía y tuvo tiempo de contarme algunas cosas.

—¿Vio al asesino?

—No. Pero sé quién ordenó que lo hiciera. Ya le he dicho que Odette era utilizada por los mismos que quieren arruinarme, por los que lo prepararon todo desde el primer momento.

Hizo una pausa y siguió:

—Odette había vivido algún tiempo en Marruecos, y conocía las prospecciones que se llevaban a cabo, concretamente, conoció al principal encartado en este asunto. Luego, ella le prestaba pequeñas colaboraciones.

—¿Y por qué, de repente, cambió de idea y trató de ayudarle a usted?

—No lo hacía gratis... Tenía miedo. Quien hasta entonces le pagaba, se iba quitando de en medio a sus colaboradores para borrar huellas. Odette lo sabía y, por ese temor, pensó huir lejos. Para ello necesitaba dinero, pero tenía una información muy valiosa para conseguirlo.

—Ya lo creo...

—Una información que habrá que comprobar en todas sus partes, y que demuestra que el presentimiento de Odette era cierto, porque el asesino ya había decidido suprimirla.

—Entonces, lo del secuestro —apostrofó la muchacha— fue, como ya pensábamos André y yo, el prólogo. Eso no cambia.

—No. Lo único que cambia es el nombre del asesino... —repuso el conde.

Y en Ginebra, André, al abrir el último cajón del tocador, allí donde menos podía esperar encontrar nada, vio el retrato. Vio el retrato, y lo comprendió todo.

Pero era demasiado tarde.

La voz surgió a su espalda. Iba respaldada por un arma de fabricación alemana. Una vieja y segura «Luger» de la guerra.

—¿Satisfecha tu curiosidad André?

Ante sí tenía a un hombre con el rostro cubierto con un vendaje que únicamente dejaba al descubierto los agujeros de los ojos y el de la boca.

Pero André había reconocido la voz. Y luego, estaba la fotografía.

El niño. El hijo de Roger Lafargue.

—Roger Lafargue —repitió, en voz alta, André.

—¿Lo sabías?

—Lo sospeché, por una carta de Georgette. Tú pensabas que yo sabía algo, y por eso intentaste matarme.

—Naturalmente.

—¿Cómo pudiste hacerlo?

—¿Resucitar? Bueno... Contando con un amigo como Lamon, fue fácil. Pagué a alguien para que fingiera la comedia de matarme a mí, pero matando a Lamon de veras. El debía verme caer muerto.

—¿Por qué matarle?

—Bueno, para dar más espectacularidad... Encontraron dos cadáveres. Si íbamos juntos, era lógico que encontraran dos.

—¿Y el otro?

—El del hombre que yo pagué. En esta clase de trabajos no puede haber testigos; como Odette Ordeix, por ejemplo. Es la única forma de triunfar. Dentro de unos meses, mi rostro habrá cambiado, podré pasearme con un rostro nuevo, sin que nadie me conozca.

—Todo por cinco millones... Vale la pena, pero tantas muertes...

—¿Cinco millones? ¡Oh, sí, claro! Primero ya me conformaba con esto porque llevo años planeándolo, pero luego me enteré de la posibilidad de que en el subsuelo de la zona de Marruecos hubiese petróleo, y la cosa cambiaba... Lo quería todo. ¡Todo! Y lo tendré.

Apuntó con la «Luger» al cuerpo de André.

La policía suiza recibía en aquellos momentos una llamada de sus colegas franceses.

André preguntaba:

—¿Y Verónica Anglade?

—Es mi segunda esposa. En realidad, la conocía desde hace años, cuando fui por primera vez a Estados Unidos. Entonces supe que necesitaba una mujer como ellas para triunfar.

—Dios mío... ¿Es cierto lo que estoy pensando?

—¿A qué negarlo? Yo provoqué el accidente en el que murió mi primera mujer, para unirme a Veronique en secreto, claro. Ella me ha ayudado mucho. Luego, cuando todo se haya resuelto, la viuda Anglade se casará conmigo..., con un ciudadano americano, que seré yo... Todo se hará de forma oficial con la diferencia de que ahora hay mucho dinero por medio. Y aquí se acaba la historia.

—Estas historias nunca acaban bien.

—Hace demasiado tiempo que planeo ser rico para que un estúpido como tú pueda estropear me el trabajo. Debiste morir aquella noche, en la gare de Lyon. Todo ese tiempo lo has vivido de propina.

—Fallaste tres veces... En el *bungalow* de Serge... —Ese imbécil reprimido... Su casa me resultaba un buen escondrijo para entrevistarme con quien quisiera. Allí te salvaste por segunda vez. Pero ahora...

Muy cerca de la cama, André no lo pensó dos veces. Se lanzó sobre la colcha, dio una voltereta y quedó en el suelo, cuando la «Luger» del asesino efectuó el primer disparo.

—¿Por qué no disparas delante de tus invitados? —exclamó André, desde el suelo.

—No te preocupes Esas paredes están a prueba de ruidos.

Le buscó con saña.

André le sorprendió, cogiendo la lamparilla de la mesilla de noche y arrojándola con fuerza contra el rostro de su enemigo.

Roger lanzó un grito, mientras la habitación quedaba a oscuras.

Cegado por la ira y el dolor, Roger disparó a ciegas, llenando la estancia de fogonazos.

Casi no advirtió que las puertas se abrían, ni escuchó las voces que le conminaban:

—¡Suelte el arma! ¡Está rodeado!

La policía suiza había llegado a tiempo. Abajo, con las puertas abiertas, se escuchaba el murmullo de voces. Desde la terraza, André pudo ver a la señora Anglade rodeada por la policía.

El detenido no podía soportar la derrota. Corrió hacia la terraza, donde se hallaba André. ¿Quería agredirle, acaso?

Gritó como un poseso y salto, en el momento en que André se apartaba.

El asesino chocó de cabeza contra el suelo. No había mucha distancia, pero un golpe de aquella envergadura era suficiente para matar a una persona, y Roger Lafargue murió en el acto.

Luego, un avión o varios llegarían al aeropuerto. Para André sólo había uno de importante. La policía le informó de que su padre llegaba en aquel vuelo, y André estaba allí para recibirle.

Con su padre descendió Nicole. Se abrazaron.

—Dios mío, pensé que... —empezó ella, apretándole contra sí, lo cual parecía ser muy del gusto de André, que le cerró varias veces la boca con otros tantos besos. Luego dijo:

—Mala hierba nunca muere, dice un refrán español —y por un lado de la cabeza de Nicole observó a su padre.

Ella le soltó. Luego, padre e hijo se hallaron frente a frente.

—Ya lo sabes, querían desprestigiar tu firma y luego arruinarte. Apuesto a que nos hemos enterado los dos a la vez.

—Pero los riesgos los has corrido tú, hijo.

Y allí mismo, padre e hijo se abrazaron y hasta Nicole se sintió emocionada.

FIN

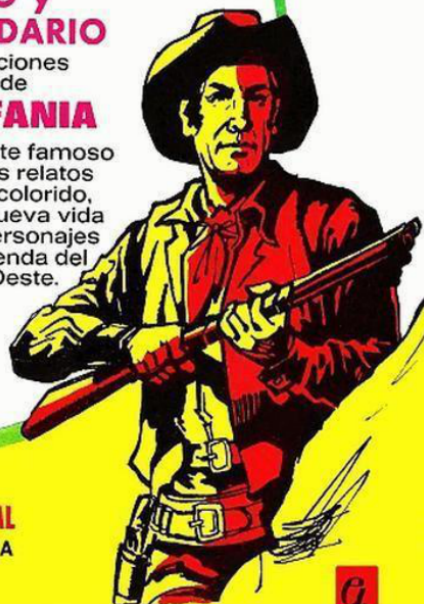
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

